

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, INTERPRETACIÓN DEL LIBRO DE DÍDIMO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO.

ADVERTENCIA AL SIGUIENTE LIBRO DE DÍDIMO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO.

Dídimo el Alejandrino, quien fue un prodigio en sí mismo, pues habiendo perdido la vista desde temprana edad y siendo ignorante de los elementos mismos, sin embargo, se destacó en todo tipo de ciencias, incluso en aquellas que más requieren de la vista. Entre los monumentos de su ingenio que dejó, fue impulsado por la frecuente exhortación de los hermanos a escribir este libro sobre el Espíritu Santo, para refutar algunos comentarios sobre el Espíritu Santo que ni se leyeron en las Escrituras ni fueron usados por ninguno de los antiguos eclesiásticos. Jerónimo, quien admiró profundamente la erudición de Dídimo y lo tuvo como maestro en Alejandría, primero, bajo el pontificado de Dámaso en Roma, comenzó a explicarlo en latín, y luego, al regresar a Jerusalén, a instancias de su hermano Pauliniano, lo tradujo y publicó íntegramente.

El libro es singular, como el mismo Jerónimo lo alaba en varias ocasiones, como en el Catálogo cap. 109 y en el libro II contra Rufino. Los códices manuscritos que hemos inspeccionado son testimonio de ello. Agustín también, en el libro II de Cuestiones sobre el Éxodo cap. 25, Nicéforo I. IX cap. 17, y Ratramno, quien leyó esta misma versión jeronimiana, en contra de los griegos libro II cap. 5, lo llaman un único libro; y solo por una inconveniente curiosidad se ha dividido en tres libros por los editores y críticos hasta el día de hoy, en contra de la intención del autor y del intérprete. Incluso la distinción de los libros es fortuita e inútil; pues, por ejemplo, el tercer libro se inicia en medio de la exposición de un pasaje profético, lo cual es un defecto muy ajeno al ingenio de un escritor erudito. Sin embargo, se puede dividir convenientemente en tres partes o capítulos; en el primero, establece con muchos argumentos y testimonios que el Espíritu Santo es de una naturaleza diferente a la de los ángeles; luego, prueba que la invocación de su nombre en el bautismo es necesaria, de modo que quien lo omita no bautiza completamente ni libera del pecado; en tercer lugar, enseña que es indivisible e impasible, consustancial al Padre y al Hijo, y dotado de otros atributos de la sustancia divina.

El texto griego de Dídimo se ha perdido, y quizás fue desplazado de las manos de los doctos por la misma interpretación de Jerónimo; sin embargo, algunos parecen no ser lo suficientemente cuidadosos al criticar su fidelidad, al afirmar que muchas cosas que no proceden del autor alejandrino fueron añadidas, y que muchos otros errores, especialmente del dogma origenista al que estaba adherido, fueron purgados por el intérprete. Quisiera que se considerara de poca importancia lo que, sin embargo, es lo principal, el argumento de las voces consustancial y no consustancial, de las cuales los seguidores de Adán se esfuerzan mucho por distanciarse. Pues Dídimo no estaba tan atado a cada uno de los puntos de vista origenistas como para pensar que no podía permitirse nada, ni si no se atrevió a nada más, cuando su ejemplar griego se echa de menos, puede probarse de ninguna manera. Las demás cosas que se aducen al respecto son mucho más débiles.

El tiempo al que debe atribuirse esta versión de Jerónimo no se concluye propiamente en un solo año, como suele suceder con otros tratados. Comenzó en Roma en el año 384, como se desprende claramente de su Prefacio, cuando Dámaso aún vivía, quien falleció a finales de ese mismo año. Ciertamente, no parece referirse a otra obra de Dídimo que se hubiera propuesto traducir, cuando el Santo Doctor dice que quiso hablar algo sobre el Espíritu Santo y dedicar la obra comenzada al Pontífice de esa misma ciudad (Roma). Pero no parece haber sido completada antes del año 389, cuando, evitando la envidia de sus rivales, se había

retirado a Jerusalén, y estaba en Belén con su hermano Pauliniano, Paula y Eustoquio. Indica aproximadamente el mismo año en el Catálogo, donde entre el libro de los Nombres Hebreos y las Homilias sobre Lucas de Orígenes, menciona este trabajo.

Por lo que resta, hemos corregido esta edición nuestra según la fe de tres manuscritos: a saber, uno del Vaticano 4945; luego otro muy elegante, que encontramos en la biblioteca del Colegio Romano de los Padres de la Compañía de Jesús; finalmente, el de Tolosa, del cual Martianay había rechazado las variantes de lectura en el final del libro. De las ediciones que aparecieron antes de la colección de Erasmo, hemos consultado a menudo la anterior de 1496 sin nombre de lugar, luego la veneciana, que Barthius menciona en sus Adversaria; también hemos considerado algunas conjeturas de Barthius sobre este libro, donde nos pareció que valía la pena. Hay otras ediciones de esta obra, que no tenemos tiempo de enumerar individualmente, y que se pueden encontrar fácilmente en los bibliógrafos.

PREFACIO DE JERÓNIMO A PAULINIANO.

105 Cuando estaba en Babilonia [es decir, en Roma] y era colono de la meretriz vestida de púrpura, y vivía según el derecho de los Quirites, quise hablar algo sobre el Espíritu Santo, y dedicar la obra comenzada al Pontífice de esa misma ciudad. Y he aquí que la olla que en Jeremías se ve después del bastón desde el norte, comenzó a arder: y el Senado de los fariseos clamó [o clamar], y ningún escriba, ni siquiera uno ficticio, sino que todos, como si se les hubiera declarado una guerra de doctrinas, conspiraron contra mí en una facción de ignorancia. Inmediatamente, como si fuera un regreso, volví a Jerusalén: y después de la casa de Rómulo y los juegos Lupercales, vi el albergue de María y la cueva del Salvador. Así que, mi Pauliniano [o Paulino], hermano, ya que el mencionado Pontífice Dámaso, quien primero me impulsó a esta obra, ya duerme [o ha dormido en el Señor] en Cristo: ahora, ayudado por tu oración y la de las venerables siervas de Cristo, Paula y Eustoquio, murmuro aquí en Judea el cántico que no pude cantar en tierra extraña; considerando mucho más augusto el lugar que engendró al Salvador del mundo, que el que engendró al fratricida. Y para confesar al autor en el título: preferí ser intérprete de la obra ajena, que (como hacen algunos) adornarme como una corneja desfigurada con colores ajenos. Hace tiempo leí unos libritos de alguien sobre el Espíritu Santo: y según la sentencia del Cómico [es decir, de Terencio] vi que de los buenos griegos, los latinos no eran buenos. No había allí nada dialéctico, nada viril y estricto, que atrajera al lector incluso a regañadientes al asentimiento: sino todo flácido, blando, brillante y hermoso, y perfumado con esencias exquisitas de aquí y allá. Pero mi Dídimo, teniendo el ojo de la esposa del Cantar de los Cantares: y aquellos ojos que Jesús mandó elevarse sobre los campos dorados, mira desde lejos más alto (Mat. XIII, y Juan IV): y nos devolvió la antigua costumbre de llamar Profeta al Vidente. Ciertamente, quien lea esto, conocerá los robos de los latinos: y despreciará los arroyos, cuando comience a beber de las fuentes. Es inexperto en el habla, [o pero] y no en el conocimiento: expresando al hombre apostólico tanto por la luz de los sentidos como por la simplicidad de las palabras.

LIBRO DE DÍDIMO EL ALEJANDRINO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO, INTERPRETADO POR S. JERÓNIMO.

107 I. A todas las cosas divinas, ciertamente, se debe atender con reverencia y gran cuidado: pero especialmente a las que se dicen sobre la divinidad del Espíritu [Santo]: especialmente cuando la blasfemia contra él no tiene perdón: de modo que la pena del blasfemo se extiende, no solo en este siglo presente, sino también en el futuro. Pues el Salvador dice que no hay remisión para el que blasfema contra el Espíritu Santo, ni en este siglo, ni en el futuro (Marcos III). Por lo tanto, es más necesario atender a lo que las Escrituras relatan sobre él:

para que no se infiltre en alguien, aunque sea por ignorancia, el error de la blasfemia. Habría sido mejor para el fiel y temeroso, moderando sus fuerzas, pasar en silencio la magnitud de la presente cuestión: y no atraer a su propio riesgo un asunto lleno de peligro. Pero como algunos [o algunos con] más temeridad que rectitud se elevan incluso a las alturas, y proclaman sobre el Espíritu Santo cosas que ni se leyeron en las Escrituras ni fueron usadas por ninguno de los antiguos eclesiásticos, nos hemos visto obligados a ceder a la exhortación frecuente de los hermanos: y a comprobar cuál es nuestra opinión sobre él, incluso con testimonios de las Escrituras: para que la ignorancia de tan gran dogma no engañe a aquellos que, sin una discusión cuidadosa, son llevados inmediatamente a la opinión de los adversarios.

2. La apelación del Espíritu Santo, y la sustancia que se muestra desde la misma apelación, es completamente ignorada por aquellos que filosofan fuera de la Sagrada Escritura. Pues solo en nuestras letras; tanto la noción como el vocablo se refieren, tanto en las nuevas como en las antiguas. Un hombre del Antiguo Testamento, David, habiendo sido hecho partícipe de él, oraba para que permaneciera en él, diciendo: No quites de mí tu Espíritu Santo (Salmo L). Y se dice que Dios despertó el Espíritu Santo en Daniel, aún niño, como ya habitando en él. También en el Nuevo Testamento, los hombres que se dice que agradaron a Dios, están llenos del Espíritu Santo. Juan, aún en el vientre de su madre, salta santificado, y Jesús, resucitando de entre los muertos, al soplar en el rostro de los discípulos, dice: Recibid el Espíritu Santo (Lucas I). Los volúmenes de las Escrituras divinas están llenos de estos discursos cuya acumulación he omitido en la presente obra: porque no es difícil para cada lector encontrar similares a partir de lo que hemos asumido.

3. Que nadie sospeche que hubo un Espíritu Santo diferente en los santos hombres antes de la venida del Señor, y otro en los apóstoles y demás discípulos, y como si fuera homónimo en diferentes sustancias. Podemos ciertamente exhibir testimonios de las Escrituras divinas: porque el mismo Espíritu estuvo tanto en los apóstoles como en los profetas. Pablo, en la Epístola que escribe a los Hebreos, al citar un testimonio del volumen de los Salmos, recuerda que fue dicho por el Espíritu Santo: Y como dice aquí el Espíritu Santo: Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, etc. (Hebr. III, 7, del Salmo XCIV, 8.). Al final de los Hechos de los Apóstoles, al discutir con los judíos, dice: Como el Espíritu Santo habló por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Oiréis y no entenderéis (Hechos III). Pues Pablo, teniendo el mismo Espíritu Santo, escribió esto, no de otro que fue diferente en los profetas antes de la venida del Señor: sino de aquel del cual él mismo fue partícipe: y todos los que en la fe se movían con virtud consumada. Por lo tanto, al mencionarlo con el artículo, como testificando que es solitario y único, no dice simplemente Πνεῦμα ἅγιον, esto es Espíritu Santo, sino con el añadido del artículo τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον: esto es este Espíritu Santo. 109 Y recuerda que Isaías profetizó con voz articulada, διὰ τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον, es decir, por este Espíritu Santo, y no simplemente Πνεῦμα ἅγιον. Pedro también, en el discurso en el que persuadía a los presentes: Era necesario, dice, que se cumpliera la Escritura, que el Espíritu Santo (es decir, τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον) habló por boca de David sobre Judas (Hechos I, 16): mostrando que el mismo Espíritu operó tanto en los profetas como en los apóstoles.

4. Trataremos esto más plenamente en lo que sigue, cuando comencemos a decir que no solo el Señor [o Dios] Verbo fue hecho a los profetas, sino también el Espíritu Santo: porque se posee inseparablemente con el unigénito Hijo de Dios. La misma [o La misma voz] voz del Espíritu Santo, no es una apelación vacía, sino demostrativa de la esencia subyacente: asociada al Padre y al Hijo, y completamente ajena a las criaturas. Pues cuando las criaturas se dividen en visibles e invisibles, es decir, en corporales e incorpóreas, el Espíritu Santo no

es de las sustancias corporales, habitador del alma y del sentido, hacedor del discurso, de la sabiduría y del conocimiento: ni de las criaturas invisibles. Pues todas estas son capaces de sabiduría y de otras virtudes, y de santificación. Pero esta sustancia, de la que ahora hablamos, es hacedora de sabiduría, de conocimiento y de santificación. Pues no se puede encontrar en el Espíritu Santo ninguna fortaleza o operación de santificación y virtud, que sostenga de algún extraño: porque una naturaleza de este tipo es mutable. Pero el Espíritu Santo, por confesión de todos, es inmutable, santificador de la ciencia divina, y atribuidor de todos los bienes, y, para decirlo brevemente, él mismo subsiste en estos bienes que se otorgan por el Señor. Pues el mismo pasaje del Evangelio que describen Mateo y Lucas, uno de ellos dice: Cuánto más el Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden (Mat. V, 11)? El otro dice: Cuánto más vuestro Padre celestial dará su Espíritu Santo a los que le piden (Lucas XI, 13)? De lo cual se muestra que el Espíritu Santo es la plenitud de los dones [o bienes] de Dios: y que las cosas que se administran divinamente no subsisten sin él; porque todas las utilidades que se reciben de la gracia de los dones de Dios, fluyen de esta fuente. Pero lo que es sustancialmente bueno, no puede ser capaz de bondad ajena: 110 pues él mismo otorga bondad a los demás. Por lo tanto, es manifiesto que el Espíritu Santo es ajeno no solo a las criaturas corporales, sino también a las incorpales; porque las demás sustancias reciben esta sustancia de santificación: pero él no solo no es capaz de santificación ajena, sino que además es atribuidor y creador. Finalmente, quienes disfrutan de su comunión, se dice que son partícipes del Espíritu Santo, santificados por él. Pues está claramente escrito, Y haciendo afrenta al Espíritu de gracia (Hebr. X, 29), sin duda alguna aquel que, después de recibirlo, peca. Si, pues, ha sido santificado por la comunión del Espíritu Santo, se muestra que él mismo fue partícipe de él, y el Espíritu Santo es el otorgador de esa santificación. El apóstol también, escribiendo a los Corintios, y enumerando a aquellos que han de heredar el reino de los cielos, añade diciendo: Y esto erais algunos de vosotros: pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados, en el nombre de Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (I Cor. VI, 11). Afirmando que el Espíritu de Dios no es otro que el Espíritu Santo. Pues en lo que sigue, él mismo lo confirma, diciendo: Nadie que hable en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús: y nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3); confirmando que el Espíritu de Dios es el Espíritu Santo.

5. Si, pues, es santificador [o santificación], se muestra que es de sustancia no mutable, sino inmutable. Pero las Escrituras divinas manifiestan claramente que solo la sustancia de Dios y de su unigénito Hijo es inmutable: proclamando que toda sustancia de las criaturas es convertible y mutable. Por lo tanto, ya que la sustancia del Espíritu Santo se ha demostrado no convertible, sino inconvertible: no será consustancial [ὁμοούσιον] con la criatura. Pues la criatura sería inmutable si se pusiera con el Padre y el Hijo, teniendo la misma inconvertibilidad. Pues todo lo que es capaz de un bien ajeno, está separado de esta sustancia. Pero tales son todas las criaturas: Dios, sin embargo, siendo bueno, es la fuente y el principio de los bienes; hace buenos a aquellos a quienes se imparte, siendo él mismo bueno no hecho por otro, sino subsistente: por eso es capaz, y no capaz. El unigénito Hijo también, su sabiduría y santificación no se hace sabio, sino que hace sabios; 111 y no se santifica, sino que santifica. Por lo tanto, él también es capaz, y no capaz. Pues cuando la criatura invisible, que es costumbre llamar sustancia racional e incorpale, no es capaz, sino capaz: si fuera capaz, no sería capaz de ningún bien, subsistiendo por sí misma simple, y receptora de un bien ajeno: tiene el bien por participación, y no de aquellos que tienen de otros, sino de aquellos que tienen de otros, se entiende, teniendo el Padre y el Hijo más que teniendo; la criatura teniendo, y no tenida. También del Espíritu Santo reconsideremos, y si él también es santo por participación de otra santidad, se cuenta entre las demás criaturas. Pero si hace santos a los que son capaces de él, se pone con el Padre y el Hijo. Pero que el Espíritu Santo

sea captado por otros, y no capte a otros, lo hemos expresado ahora y en el volumen de las Sectas (según hemos podido): y es muy fácil afirmar nuestro discurso con toda la Escritura. El bienaventurado Apóstol también, escribiendo a los Efesios, dice: En quien también habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la prenda de nuestra herencia (Efes. I, 13). Pues si algunos son sellados con el Espíritu Santo, asumiendo su forma y especie: el Espíritu Santo es de aquellos que se tienen, y no tienen: teniendo a aquellos a quienes se les imprime su sello. También escribiendo a los Corintios, No entristezcáis, dice, al Espíritu Santo, en quien fuisteis sellados (Efes. IV, 30); testificando que fueron sellados aquellos que habían recibido la comunión del Espíritu Santo. Pues como el que asume la disciplina y la virtud, recibe el sello y la figura (por así decirlo) en su sentido de la ciencia que ha asumido: así también el que se hace partícipe del Espíritu Santo, por su comunión se hace espiritual y santo.

6. El mismo Espíritu Santo, si fuera una de las criaturas, al menos tendría una sustancia circunscrita, como todo lo que ha sido creado. Pues aunque las criaturas invisibles no estén circunscritas por lugar y límites, sin embargo, están limitadas por la propiedad de su sustancia. Sin embargo, el Espíritu Santo, al estar en muchos, no tiene una sustancia circunscrita. Enviando Jesús a los predicadores de su doctrina, los llenó del Espíritu; y soplando en sus rostros, dijo: Recibid el Espíritu Santo, y yendo, enseñad a todas las naciones (Juan XX, 22): como si enviara a todos a todas las naciones. Pues no todos los apóstoles fueron a todas las naciones al mismo tiempo, sino que algunos fueron a Asia, otros a Escitia, y otros se dispersaron en otras naciones; según la disposición de aquel que tenían con ellos, el Espíritu Santo, como también el Señor diciendo: Estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). A esto también se ajusta: Recibiréis poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros; y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta el extremo de la tierra (Hechos I, 8). Si, por tanto, estos, situados en los confines extremos de la tierra por el testimonio del Señor, estaban separados entre sí por larguísimas distancias, pero el Espíritu Santo, que habitaba en ellos, estaba presente, teniendo una sustancia incircunscripta, se demuestra que la virtud angélica es completamente ajena a esto. Pues el ángel que estaba presente, por ejemplo, al Apóstol orando en Asia, no podía estar al mismo tiempo presente a otros situados en otras partes del mundo. Sin embargo, el Espíritu Santo no solo está presente a los hombres separados de él, sino que también asiste como habitante a cada uno de los ángeles, principados, tronos, dominaciones: y así como santifica a los hombres, siendo de una naturaleza distinta a la de los hombres, así también santificando a otras criaturas, es distinto de su sustancia: porque toda criatura no se perfecciona en santidad por su propia sustancia, sino por la comunión de otra santidad.

7. Se dice que los ángeles son santos en el Evangelio, cuando el Salvador dice que vendrá el Hijo del Hombre en su majestad y la del Padre, y de los santos ángeles (Lucas IX, 29). Y Cornelio en los Hechos de los Apóstoles se dice que recibió respuesta de un ángel santo (Hechos X, 22), para que llamara a Pedro, discípulo de Cristo. Sin embargo, los ángeles son santos por la participación del Espíritu Santo, y por la inhabitación del unigénito Hijo de Dios, que es santidad, y la comunicación del Padre. De quien el Salvador dice: Padre santo (Juan XVII, 11). Si, por tanto, los ángeles no son santos por su propia sustancia, sino por la participación de la santa Trinidad, se muestra que la sustancia de los ángeles es distinta de la Trinidad. Pues así como el Padre santificante es distinto de aquellos que son santificados, y el Hijo es distinto de aquellos a quienes hace santos, así también el Espíritu Santo es de una sustancia distinta de aquellos a quienes santifica con su donación. Si los herejes propusieran que los ángeles son santos por naturaleza de su condición, se verían obligados a decir que son consustanciales a la Trinidad, y que son inconvertiblemente santos según su sustancia. Pero

si, rechazando esto, dijeran que son de la misma naturaleza que las demás criaturas, pero no tienen la misma santidad que los hombres, se vería necesario decir que los hombres son de una sustancia mucho mejor; ya que estos tienen santidad por la comunión de la Trinidad, y los ángeles, siendo santos por su propia naturaleza, estarían ajenos a ella. Pero es el deseo de los hombres perfectos, y de aquellos que llegan a la consumación de la santidad, hacerse iguales a los ángeles. Pues los ángeles ayudan a los hombres, y no los hombres a los ángeles: ministrándoles la salvación, y anunciándoles los mayores beneficios de Dios. De lo cual se muestra claramente que los ángeles son más honorables y mucho mejores que los hombres, por una más genuina, por así decirlo, y más plena asunción de la Trinidad.

8. Por lo tanto, ya que el Espíritu Santo es distinto de aquellos a quienes él mismo santifica, no es de la misma naturaleza que las demás criaturas que lo reciben. Si es de una naturaleza distinta a las criaturas, y subsiste en su propia esencia, se muestra que es increado e inefable. Hay muchas Escrituras que sin ambigüedad demuestran que es de una naturaleza distinta a todas las condiciones. Algunos también se dice que están llenos del Espíritu Santo: pero nadie, ni en las Escrituras ni en la costumbre, se dice que esté lleno de una criatura. Pues ni la Escritura ni el lenguaje común se atribuyen esto, para decir que alguien está lleno de un ángel, trono, dominación: pues este lenguaje conviene solo a la naturaleza divina. Decimos, sin embargo, que algunos están llenos de virtud y disciplina: como aquello, Fue lleno del Espíritu Santo (Éxodo XXXI, 3); no significando otra cosa que estar llenos de virtud consumada y perfecta. Está escrito de Juan: Y será lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre (Lucas I, 15). Y de nuevo: Y Elizabeth fue llena del Espíritu Santo (Ibid., 41). Y después de otras cosas: Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo (Ibid., 67). Sin duda, también Juan profetizó. Asimismo, en los Hechos de los Apóstoles se refiere de muchos creyentes que se reunieron en uno: Fueron llenos del Espíritu Santo (Hechos II, 4). Pues aunque el Espíritu Santo es participable, a semejanza de la sabiduría y la disciplina, no posee sustancia en nombres vacíos de ciencia: sino que por su naturaleza santificante, y llenando de bienes a todos, él mismo subsiste bueno, según lo cual algunos se dice que están llenos del Espíritu Santo: como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con confianza (Ibid.). Pues así como quien está lleno de alguna disciplina, quien la posee perfectamente, puede hablar de ella eruditamente y con sutileza, así quienes han recibido el Espíritu Santo de manera consumada, de modo que se llenan de él, hablan la palabra de Dios con confianza, porque el Espíritu Santo presente ministra una voz digna de Dios. De aquí que alguien con altivez diga: Esto dice el Espíritu Santo. Y el Apóstol: Pero sed llenos, dice, del Espíritu Santo (Efesios V, 18). Y en muchos lugares de los Hechos de los Apóstoles, se escribe que los discípulos del Señor estaban llenos del Espíritu Santo. Considerad, pues, hermanos, hombres de entre vosotros que tengan testimonio, siete, llenos del Espíritu Santo y sabiduría (Hechos VI, 3). Y de Esteban: Pero él, lleno del Espíritu Santo, mirando al cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la diestra de Dios (Ibid., 5). Y del vaso de elección se dice: Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, mirando a él, dijo (Hechos XIII, 9). Y en común de todos los creyentes se anota: Y los discípulos se llenaban de gozo, y del Espíritu Santo (Ibid., 52). Pero la presencia de un ángel, o de alguna otra naturaleza excelente que ha sido creada, no llena la mente y el sentido: porque también ella se completa de otro lugar. Pues así como alguien que recibe de la plenitud del Salvador, se llena de sabiduría, y virtud, y justicia, y palabra de Dios: así quien está lleno del Espíritu Santo, inmediatamente se llena de todos los dones de Dios, sabiduría, ciencia, fe, y otras virtudes. Por tanto, quien llena todas las criaturas, que sin embargo pueden recibir virtud y sabiduría, no es de aquellas que él mismo completa. De lo cual se deduce que es de una sustancia distinta a todas las criaturas. Hemos dicho en otro lugar que se sobreentiende en la sustancia del Espíritu Santo también la plenitud de los dones divinos.

9. Finalmente, es imposible que alguien obtenga la gracia de Dios, si no tiene el Espíritu Santo: en quien aprobamos que todos los dones de Dios consisten. Que quien lo tenga, también haya conseguido perfectamente el discurso de sabiduría, y los demás bienes: ahora el discurso lo demuestra claramente, y poco antes dijimos que la sustancia de los bienes de Dios es el Espíritu Santo: cuando pusimos el ejemplo, El Padre dará el Espíritu Santo a los que le pidan (Lucas XI, 13). Y, El Padre dará cosas buenas a los que le pidan (Mateo V, 11). No debemos pensar que el Espíritu Santo está dividido según las sustancias, porque se diga multitud de bienes. Pues es impasible, indivisible e inmutable; pero según las diferentes eficiencias e inteligencias, se le llama con muchos nombres de bienes: porque no otorga a sus partícipes según una misma virtud, ya que está apto para la utilidad de cada uno, y llena de bienes a aquellos a quienes juzga que debe estar presente. Finalmente, Esteban, aquel primer testigo de la verdad, y digno de su nombre, fue llamado lleno de sabiduría y del Espíritu Santo: sabiduría consecuentemente sobreentendida, morando en él el Espíritu Santo, como dice la Escritura: Y eligieron a Esteban lleno de fe y del Espíritu Santo los apóstoles (Hechos VI, 5). Y, Esteban, lleno de gracia y virtud, hacía prodigios y grandes señales en el pueblo (Ibid., 8). Y aún de él mismo, Y no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él (Ibid., 10). Pues lleno del Espíritu Santo, el hombre bendito, fue hecho partícipe de la fe, que viene del Espíritu Santo, según aquello, A otros, fe, en el mismo Espíritu (I Cor. XII, 9). Y teniendo gracia y virtud según el mismo Espíritu, hacía grandes señales y prodigios en el pueblo. También abundaba en aquellos dones según el mismo Espíritu, que se llaman gracias de curaciones y virtudes. Y estos también se colocan en la enumeración de los dones de Dios, que son en el Espíritu, y según el Espíritu, en la primera epístola del apóstol Pablo a los Corintios. Tanto abundaba Esteban en la gracia divina, que ninguno de los que le contradecían, y de los que disputaban contra él, podían resistir a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él. Pues era sabio por el Espíritu Santo. Por lo cual Jesús proclama claramente a sus discípulos: Cuando seáis llevados ante los principados, y potestades, y concilios, y sinagogas, no os preocupéis de lo que debéis decir, o de lo que hablaréis en ese tiempo. Porque os serán dados por el Espíritu Santo discursos de sabiduría, a los que no podrán contradecir, ni siquiera aquellos que son muy hábiles en disputas.

10. Pero pongamos el mismo testimonio, que se teje así: Cuando os lleven a las sinagogas ante los principados y potestades, no os preocupéis de cómo o qué responderéis, porque el Espíritu Santo os enseñará en esa misma hora lo que debéis decir (Mateo XII, 12). Y en otro Evangelio: Poned, pues, en vuestros corazones no premeditar cómo responderéis: Porque yo os daré boca y sabiduría, a la que no podrán contradecir, ni responder (Lucas XIV, 14). Pues el Espíritu Santo, otorgando a los apóstoles palabras contra aquellos que contradecían al Evangelio, se muestra claramente que en su sustancia se sobreentiende el discurso de sabiduría y ciencia. Pero cómo el Salvador en esa hora otorga a los discípulos boca y sabiduría, a la que no podrán contradecir, ni siquiera aquellos que son considerados los más elocuentes entre los hombres, no es el momento de discutirlo ahora; porque ahora hemos propuesto mostrar que siempre se sobreentienden en el Espíritu Santo los dones de las virtudes; de modo que quien lo tiene, se considera lleno de los dones de Dios. Por lo cual también en Isaías, Dios mismo dice a alguien: Pondré mi Espíritu sobre tu descendencia, y mis bendiciones sobre tus hijos (Isaías XLIV, 3). Pues nunca recibe nadie las bendiciones espirituales de Dios, si no ha precedido el Espíritu Santo. Porque quien haya recibido el Espíritu Santo, consecuentemente tendrá las bendiciones, es decir, sabiduría, y entendimiento, y otras, de las cuales así escribe el Apóstol: Por esto también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de rogar que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría, y entendimiento espiritual: caminando

dignamente de Dios (Colosenses I, 9). Pues dice que aquellos que caminan dignamente de él [o de los bienes] por obras, y discursos, y prudencia, se llenan de la voluntad de Dios, poniendo sobre ellos el Espíritu Santo, para que se llenen de sabiduría y entendimiento, y de los demás bienes espirituales. Pero la sabiduría y el entendimiento, que están en el Espíritu Santo, son dados por Dios. El Señor, dice, dará sabiduría; y de su rostro procede sabiduría y entendimiento (Eclesiástico I); pues la sabiduría que viene de los hombres no es espiritual, sino carnal y humana. De esta, por tanto, escribe el Apóstol: No en sabiduría carnal, sino en la gracia de Dios nos hemos conducido en [o en esto] el mundo (I Cor. I y II); llamando sabiduría carnal, la que en las cosas corporales subsiste por el pensamiento humano. Pero la sabiduría espiritual e intelectual, manteniéndose en lo invisible e intelectual, por la operación del Espíritu Santo otorga su presencia a quienes la reciben. En muchos otros lugares también el Apóstol recuerda que en la sustancia del Espíritu Santo habitan los dones de Dios; como en aquel: Pero el Dios de la esperanza os llene de todo gozo, y paz en el creer, para que abundéis en esperanza, y en virtud del Espíritu Santo (Romanos XV, 13).

11. Pero Dios, dador de bienes, dará la esperanza que prometió en virtud del Espíritu Santo, a aquellos que lo tienen; llenándolos de gozo y paz, quienes poseen un pensamiento imperturbable y sereno, tienen mentes alegres, y tranquilas de toda tempestad de perturbaciones. Pues quienes en virtud del Espíritu Santo han conseguido los bienes mencionados, también conseguirán la fe recta en el misterio de la Trinidad. En otro lugar de la misma epístola, No es, dice, el reino de Dios comida y bebida; sino justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo (Romanos XIV, 17). Pues en el Espíritu Santo, afirmando que la justicia, es decir, toda virtud, y la paz que mencionamos antes, unida al gozo de Dios, está en el Espíritu Santo, lo prueba manifiestamente a quienes podían oírlo, que estos bienes no son otra cosa que la sustancia del Espíritu Santo. Pues ya que estos bienes vienen a los hombres por la donación del Espíritu Santo, la vocación de las naciones que introdujo por la doctrina evangélica, se hace aceptable y santificada en el Espíritu Santo: porque también en esto, haciendo santos y aceptos, el Espíritu Santo es la sustancia de los bienes de Dios. Y quien está lleno de él, actúa todas las cosas según la razón, enseñando correctamente, viviendo irrepreensiblemente, mostrando verdaderamente y perfectamente señales y prodigios. Pues tiene la fortaleza del Espíritu Santo, que le otorga un tesoro, y la causa de la plenitud de todos los bienes. Pedro, discípulo del Señor Jesús, sabe que la donación del Espíritu Santo es la naturaleza de los dones de Dios. Pues dice a aquellos que reprochaban su entrada a Cornelio: Si, pues, Dios les dio igual gracia, otorgándoles el Espíritu Santo, como también a nosotros al principio: ¿quién era yo para poder prohibir al Señor? Y además a los suyos, Concedor, dice, de los corazones Dios les dio testimonio dándoles el Espíritu Santo como a nosotros: y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 8 ss.). A este sentido también se ajusta aquello que en muchos lugares se dice que el Espíritu Santo es dado por el Señor, Jacob mi siervo, lo recibiré: Israel mi elegido, mi alma lo recibirá: puse mi espíritu en él (Isaías XLII, 1). Y aún: Quien da aliento al pueblo constituido sobre ella, sin duda la tierra, y espíritu a los que la pisan (Ibid, 5). Pero hemos mostrado antes que no hay otro Espíritu de Dios, y otro Espíritu Santo. Pablo también, La caridad, dice, de Dios ha sido derramada en vuestros corazones [o nuestros], por el Espíritu Santo que os ha sido dado (Romanos V, 5). Y aquello, Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le pidan (Lucas XI, 13)? Pero este Espíritu también se dice que ha sido derramado por Dios sobre toda carne, para que profetizen, y vean visiones, quienes lo hayan recibido según Joel, quien habla en persona de Dios: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas (Joel II, 28). Pues la efusión del espíritu es causa de profetizar, y de ver el sentido y la belleza de la verdad. El mismo nombre de efusión, prueba la sustancia increada del Espíritu Santo. Pues cuando Dios envía un ángel, o

alguna otra criatura, no dice: Derramaré, de mi ángel, o principado, o trono, o dominación. Pues este lenguaje solo conviene a aquellos que son participados por otros: como ahora, y poco antes dijimos de la caridad de Dios, que ha sido derramada en los corazones de aquellos que han recibido el Espíritu Santo. La caridad, dice, de Dios ha sido derramada en vuestros corazones, por el Espíritu Santo que os ha sido dado (Romanos V, 5). También el Salvador, porque él mismo es capaz, se dice derramado a semejanza de un ungüento: Ungüento derramado es tu nombre (Cantar de los Cantares I, 2). Pues así como el ungüento que se contiene en un vaso, tiene ciertamente la sustancia del olor, pero se prohíbe esparcirse más lejos, porque está encerrado dentro del vaso: cuando el vaso ha sido derramado fuera, emite su fragancia a lo lejos: así el nombre de Cristo, fragante, antes de su advenimiento, se movía solo en el pueblo de Israel, como encerrado en el vaso de Judea; Pues conocido, dice, en Judea es Dios, en Israel grande es su nombre (Salmo LXXV, 2). Pero cuando el Salvador, resplandeciendo en su carne, extendió su nombre por toda la tierra, más bien en toda la creación, cumpliendo lo que está escrito: Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra (Salmo VIII, 2, 10); a quienes consecuentemente el Apóstol habla: Pues no hay otro nombre dado bajo el cielo, en el que debamos [o debemos ser salvos] ser salvos (Hechos IV, 12): y el Salmista habla al Señor, Has magnificado sobre todo tu nombre santo: entonces se cumplió, Ungüento derramado es tu nombre. Pero la palabra de efusión significa una abundancia amplia y rica del don.

12. Así pues, cuando uno o dos reciben el Espíritu Santo en algún lugar, no se dice "derramaré de mi espíritu", sino cuando el don del Espíritu Santo se ha derramado sobre todas las naciones. Y el Apóstol recuerda a Tito la salvación hecha a las naciones: "No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros abundantemente" (Tit. III, 5). Aquí también, la palabra "derramar" muestra una atribución generosa del espíritu. De todo esto aprendemos que la sustancia del Espíritu Santo es capaz de ser recibida, y por ello increada. Llama sustancia capaz a la que es recibida por muchos y les otorga su compañía; y sustancia capaz a la que se llena por la comunicación de otra sustancia, y al recibir otra cosa, no es capturada por otra. A lo que es capaz, inmediatamente le sigue lo inconvertible, y a lo inconvertible, lo eterno: de la misma manera, a lo que recibe, le sigue lo convertible, y a lo convertible, lo creado. Nada, por tanto, de las criaturas es inconvertible, por lo que tampoco es eterno. No solo lo que es racional en los hombres se convierte y se crea, sino que también en todas las criaturas se encuentra esta misma conversión. Pues las Escrituras divinas muestran las conversiones y caídas de los ángeles. Aunque la multitud de ángeles y otras virtudes excelsas perseveran en la bienaventuranza y santidad, se muestra claramente que permanecen en su estado original no por la inmutabilidad de su sustancia, sino por un servicio más diligente al Señor. Pues no puede haber una naturaleza diversa entre iguales. Así como todo género humano es mortal, y cada hombre es mortal, de la misma manera, si hay algo inmortal entre los superiores, no hay duda de que todo lo constituido en el mismo género y especie es inmortal.

13. Dado que esto es así, incluso si un ángel aparece como convertible, todos serán convertibles, aunque no se hayan convertido y perseveren en la bienaventuranza: de la misma manera que todos los cuerpos humanos son divisibles, aunque no todos se dividan. Algunos de ellos han sufrido división, e interpretan la naturaleza de los demás semejantes a ellos. Con esto explicado, el Espíritu Santo se muestra como de una sustancia diferente a las criaturas visibles e invisibles. Si esto es verdad, algunos impíamente cuentan al Espíritu Santo entre todo, diciendo que en lo que todo fue hecho por el Verbo de Dios, también se significa la creación del Espíritu Santo. Pues no es uno de todos, sino otro fuera de todo, demostrado por

su sustancia. Pues si la criatura, como hemos mostrado antes, se divide en corporales e incorpóreas, y el Espíritu Santo fue creado, ciertamente será una criatura visible o invisible, es decir, corporal o incorpórea. Pero no será un cuerpo, como dijimos antes, ya que enseña, otorga conocimiento, y es captado por el sentido y el alma. Tampoco será una criatura invisible, como discutimos antes sobre él. Por eso el Apóstol en la Epístola a los Hebreos demuestra que es otro distinto de todos los ángeles, diciendo: "¿A cuál de los ángeles dijo alguna vez: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación?" (Hebr. I, 13). Y después de otras cosas: "¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, dando Dios testimonio con señales, prodigios y diversos milagros, y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad" (Hebr. II, 4). Pues lo que dice "¿a cuál de los ángeles?" se entiende igualmente como si dijera "a ninguno", significando con el nombre angélico la sustancia de todas las criaturas invisibles. Pues Dios no dijo a ninguno de los ángeles, ni a ninguna otra criatura racional: "Siéntate a mi diestra". Así que el discurso comúnmente pronuncia que no se ha dicho a ninguna criatura: "Siéntate a mi diestra". Y esto en común sobre la criatura. Y pronunciando sobre todas las criaturas invisibles, dice que son espíritus administradores. Por eso añadió: "¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio?" Aunque no todas las criaturas invisibles han sido enviadas individualmente, sin embargo, porque otras del mismo género y honor han sido enviadas, de alguna manera también ellas son enviadas en posibilidad: compañeras de las enviadas y de igual sustancia. Así como el Señor es otro de todas las criaturas, por quien aquella gran salvación había comenzado a hablar, de la cual el Apóstol no quiere que seamos negligentes, diciendo: "¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande, la cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron?" Pero también Dios, que da testimonio con señales y prodigios a esta salvación, es otro de todos los espíritus administradores; así también el Espíritu Santo, cuyas divisiones según su voluntad Dios da testimonio, distribuyéndolo, no por partes de división, sino por comunión a quienes ha decidido otorgarlo: él mismo es de otra sustancia distinta de aquellos en los que se derrama.

14. Por lo tanto, ya que hemos demostrado según el sentido de las Escrituras que el Espíritu Santo es otro fuera de toda criatura, en vano, o más bien impíamente, algunos quieren mostrar que es creado, usando el testimonio en el que se refiere que todo fue hecho por el Verbo: para que en todo también se contenga la sustancia eterna. Y porque para aprobar su condición también usan el discurso profético, diciendo Dios: "Creo el Espíritu", también en esto debemos mostrar que están completamente alejados del entendimiento de la verdad. Pues el discurso del Profeta no fue propuesto sobre el Espíritu Santo, como se entiende por la serie y contexto del discurso. Siendo así que el profeta Amós, en persona de Dios, dice: "Prepárate para invocar a tu Dios, oh Israel: porque yo soy el que afirma el trueno, y crea el espíritu, y anuncia a los hombres su Cristo: haciendo el amanecer y la niebla, y subiendo sobre las alturas de la tierra: el Señor Dios omnipotente es su nombre" (Amós IV, 13). Pues Dios, que había dicho que crearía y haría el espíritu, también dijo que afirmaría el trueno y haría el amanecer y las nieblas. Si, por lo tanto, perseveramos en la narración mencionada, es decir, en el trueno, el amanecer y las nubes, debemos mantener el mismo orden de narración también en el espíritu, para que lo que se dice de Dios sea así: Para que me invoques, que soy Dios, que procuro todo, que soy el creador de todo, que afirmo el trueno y creo el espíritu, que hago el amanecer y la niebla para ciertas utilidades de los hombres: prepárate para invocar, oh Israel: para que cuando estés preparado para invocar y me ores, que establezco lo mencionado, disfrutes de la felicidad de los tiempos y de las dádivas de otros bienes,

proveyéndote yo cada año de todo según el orden de la naturaleza, para que el año fluya fecundamente, para que los momentos de las horas transcurran en sus espacios, para que los truenos bramen en su tiempo, para que el aire saludable inspire con vientos oportunos. Pero si por alegoría se entienden el trueno, el amanecer, la niebla y la creación del espíritu, no significarán la sustancia de la cosa, sino una interpretación figurada.

15. Pero si, por el contrario, se opone que esto se dice manifiestamente del Espíritu Santo, porque se infiere la creación del Espíritu, lo que sigue: "Y anunciando a todos los hombres su Cristo" (Ibid.); en hebreo se tiene: "anuncia en el hombre su palabra"; lo que significa que el que es creador de todo, también inspira a los profetas, y a través de ellos indica su voluntad a los hombres. Y a esto se debe responder que algunos herejes mienten sobre otro Señor Padre del Salvador fuera del creador, predicando esto impiamente: no previendo que su sospecha malvada es golpeada por Dios, diciendo: Yo, que formo el trueno, y creo el espíritu y hago y gobierno otras partes del mundo, anuncio a los hombres mi Cristo. Y esto también es obra de mi providencia sobre todas mis obras, para que no solo subsista la causa de las cosas externas, sino también de las que pertenecen al provecho del alma y la utilidad de la mente. Yo creo que esto que se dice, "Creo el espíritu", está puesto de la misma manera que si se dijera, creando el viento. Pues Dios guía estos soplos, que se efectúan por el movimiento del aire, por su disposición: según lo que leemos en otro lugar: "El que saca los vientos de sus tesoros" (Sal. CXXXIV, 7). Pero bien que en la misma sentencia no dice, que creé: sino que creo el espíritu. Pues si el discurso fuera sobre la sustancialidad del Espíritu Santo, ciertamente habría dicho, que creé. Pues no siempre crea el mismo. Ahora, sin embargo, se ha dicho consecuentemente sobre el soplo, que creo: porque los vientos no fueron hechos una sola vez, sino que en lo que subsisten, se hacen diariamente. Pues no en vano sin el artículo, que en el discurso griego es significador de singularidad, ahora se dice creado el espíritu: porque no es santo, ya que casi siempre el Espíritu Santo se nombra con el artículo, como en aquel "αὐτὸ τὸ Πνεῦμα", es decir, "el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu" (Rom. VIII, 16). Y en otro lugar, "αὐτὸς ἐστὶν τὸ ζωοποιῶν", es decir, "él es el que vivifica" (Juan VI, 64). Y de nuevo: "Así como las cosas de Dios, nadie las conoció sino τὸ Πνεῦμα", es decir, "el Espíritu de Dios: τὸ γὰρ πνεῦμα", esto es, "el Espíritu escudriña todas las cosas, aun las profundidades de Dios" (I Cor. II, 10). Y muchas cosas que es posible extraer de las Escrituras sagradas. Que si en algún lugar rara vez se nombra al Espíritu Santo sin el artículo, se debe saber que se le nombra con un añadido que significa su magnificencia. Pues se dice a veces también sin el artículo, cuando no se muestra él mismo por sí, sino su participación: como, por ejemplo, "Espíritu de Elías", y "Andad en el Espíritu" (IV Reg. II, 15; Gál. V, 16), y cualquier cosa similar a estas.

16. Por lo tanto, ya que de estas cosas que he recordado, y de muchas otras, se ha demostrado que el Espíritu Santo no es una criatura, nunca se le ha contado entre las condiciones, sino que siempre se le ha puesto con el Padre y el Hijo: ahora veamos qué indiferencia [o diferencia] tiene con ambos. Al final de la segunda Epístola que Pablo escribe a los Corintios, dice: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, sea siempre con todos vosotros" (II Cor. XIII, 13). Se muestra, pues, por el discurso presente una asunción de la Trinidad: cuando el que ha recibido la gracia de Cristo, la tiene tanto por la administración del Padre, como por la dádiva del Espíritu Santo. Pues es dada por Dios Padre y [por el Señor] Jesucristo, según aquello: "Gracia a vosotros, y paz de Dios Padre, y del Señor Jesucristo" (Rom. I, 7; I Cor. I, 3; Col. I, etc.): no dando el Padre una gracia y el Salvador otra. Pues describe [o escribe] que es dada por el Padre y el Señor Jesucristo, completada por la comunión del Espíritu Santo. Pues el mismo Espíritu ha sido llamado gracia, según aquello: "Y haciendo injuria al espíritu de gracia, en el cual fue

santificado" (Heb. X, 29). En Zacarías también Dios promete derramar, es decir, otorgar abundantemente a Jerusalén el espíritu de gracia y de misericordia (Zacar. XII, 10). Pues cuando alguien ha recibido la gracia del Espíritu Santo, la tendrá dada por Dios Padre, y por Jesucristo nuestro Señor. Una sola gracia, completada por la operación del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, demuestra la Trinidad de una sola sustancia. En otro lugar también: "El amor", dice (II Cor. XIII, 13), "de Dios con todos vosotros", que es otorgado y afirmado por la Trinidad. Pues dice el Salvador: "El que oye mis palabras, y las guarda, ese es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré" (Juan XIV, 21). Pues no hay otro amor del Salvador sobre los que son amados, y otro amor del Padre. Pues Dios ama para salvación, porque "de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito: para que todo aquel que en él cree [o en el Hijo], no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan III, 16). De igual manera el Hijo, que es vida, para otorgar vida y salvación, ama a aquellos que quiere que sean mejores. Por eso dice que ama a aquel que es amado por el Padre. Y de él se pone en el Profeta: "Y él los salvará, porque los amó" (Isaías XXXIII, 21; XXXV, 4).

17. Este amor, el Apóstol testimonia que es fruto del Espíritu Santo, así como el gozo y la paz, que son ministrados por el Padre y el Hijo, diciendo: "El fruto del espíritu, gozo, paz, amor" (Gál. V, 22). Este amor ha sido derramado en los corazones de los creyentes por el Espíritu Santo. Pues el amor, dice, "de Dios ha sido derramado en vuestros [o nuestros] corazones en el Espíritu Santo" (Rom. V, 5). Pues todo el que participa del Espíritu Santo, participa por su participación, según aquello. "Y la comunión del Espíritu Santo sea siempre con todos vosotros" (II Cor. XIII, 13). Y en otro lugar: "Si hay alguna comunión del Espíritu. Cuando haya tenido la sabiduría de Dios y la palabra, y en toda la verdad: también tendrá la compañía de la santidad en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión de su Hijo" (I Cor. I, 9). Y Juan escribe sobre el Padre: "Si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión con él" (I Juan I, 7). Y aún: "Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo". Por lo tanto, cualquiera que participa del Espíritu Santo, inmediatamente participa del Padre y del Hijo. Y el que tiene el amor del Padre, lo tiene del Hijo, otorgado por el Espíritu Santo. Pero también el que es partícipe de la gracia de Jesucristo, tiene la misma gracia, dada por el Padre a través del Espíritu Santo. Pues en todo se aprueba que la misma operación es del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Aquellos cuya operación es una, también tienen una sustancia: porque las que son de la misma sustancia, ὁμοῦσια, tienen las mismas operaciones: y las que son de otra sustancia, y ἄνομούσια, son disonantes y diversas.

18. Pues no solo de estas cosas que hemos mencionado, se enseña la unidad de la Trinidad: sino de innumerables otras, de las cuales nuevamente pondremos algunas según su orden. Reprendiendo Pedro a Ananías, en lo que había hecho fraude en la venta del campo, del cual decía haber ofrecido todo el precio, comprobó la unidad del Espíritu Santo con Dios, no según el número, sino según la sustancia, diciendo: "Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón, para que mintieses al Espíritu Santo, y retuvieses del precio del campo? ¿No estaba en tu poder mientras permanecía, y vendido estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste en tu corazón esta cosa? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos V, 3 ss.). Pues si el que miente al Señor, miente al Espíritu Santo: y el que miente al Espíritu Santo, miente a Dios: no hay duda de que el Espíritu Santo tiene consorcio con Dios. Y como la santidad subsiste en Dios, de la misma manera se entiende la deidad [o divinidad] en el Espíritu Santo. Este Espíritu Santo, que hemos dicho que es de la misma naturaleza que el Padre, tampoco difiere de la divinidad del Hijo, diciendo el Salvador a los discípulos: "Cuando os lleven a las sinagogas, y a los principados y potestades, no os preocupéis de cómo o qué habréis de responder. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que debéis decir. Poned en

vuestros corazones no premeditar para responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir" (Lucas XII, 11 ss.). Y en estas cosas, diciendo que no deben estar preocupados sobre qué responder a los que contradicen, porque en esa misma hora serán enseñados por el Espíritu Santo sobre lo que deben responder: inmediatamente añadió cuál es la causa de la confianza, diciendo: "Poned en vuestros corazones no premeditar para responder: porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir" (Lucas XXI, 14). Pues cuando dijo que en el tiempo de responder serían enseñados por el Espíritu Santo sobre lo que debían responder, en lo siguiente dice: "Porque yo os daré boca y sabiduría", etc.

19. De lo cual se muestra que la sabiduría que se da a los discípulos por el Hijo es la sabiduría del Espíritu Santo: y la doctrina del Espíritu Santo es la doctrina del Señor: y que hay un consorcio de naturaleza y voluntad del Espíritu Santo con el Hijo. Y porque se ha demostrado anteriormente que el Espíritu es compañero por naturaleza del Unigénito de Dios, y de Dios Padre: el Hijo y el Padre son uno, según aquello: "Yo y el Padre uno somos" (Juan X, 30): la Trinidad ha sido mostrada no dividida [o indivisa] e inseparable, según la naturaleza. En otro Evangelio también se dice: "Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo X, 20). Si, por lo tanto, el Espíritu del Padre habla en los apóstoles, enseñándoles lo que deben responder: y lo que se enseña por el Espíritu es sabiduría, que no podemos entender otra que el Hijo: claramente aparece que el Espíritu es de la misma naturaleza que el Hijo, y con el Padre, cuyo Espíritu es. Además, el Padre y el Hijo son uno. Por lo tanto, la Trinidad está unida en la unidad de sustancia.

20. Por otro ejemplo de las Escrituras, se muestra la unidad y la naturaleza de la Trinidad, así como su poder. El Hijo es llamado la mano, la diestra y el brazo del Padre. Como hemos enseñado frecuentemente, de estos términos se demuestra la indiferencia de una sola naturaleza. El Espíritu Santo también es llamado el dedo de Dios, según la conjunción de la naturaleza del Padre y del Hijo. En uno de los Evangelios, contra aquellos que menospreciaban los signos del Señor, diciendo: "En Beelzebub, príncipe de los demonios, expulsa demonios" (Mateo IX, 34), el Salvador, preguntando, dijo: "Si yo expulso demonios en Beelzebub, ¿en quién los expulsan vuestros hijos? Pero si yo expulso demonios con el dedo de Dios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Lucas XI, 19). Este mismo pasaje, otro evangelista lo describe, introduciendo al Hijo hablando: "Pero si yo expulso demonios en el Espíritu de Dios". De lo cual se muestra que el dedo de Dios es el Espíritu Santo. Si, por tanto, el dedo está unido a la mano, y la mano a aquel a quien pertenece la mano, sin duda el dedo se refiere a la sustancia de aquel a quien pertenece el dedo.

21. Sin embargo, ten cuidado de no caer en lo bajo y olvidar el discurso del que ahora se discute, pintando en tu mente las diversidades de los miembros corporales: y comienzas a imaginarte grandezas, desigualdades y otros miembros del cuerpo mayores o menores, diciendo que el dedo difiere de la mano, y la mano de aquel a quien pertenece la mano, por muchas desigualdades: porque ahora la Escritura habla de cosas incorpóreas, queriendo demostrar solo la unidad, no también la medida de la sustancia: así como la mano no se divide del cuerpo, por el cual todo se perfecciona y opera, y está en aquel a quien pertenece la mano: así también el dedo no se separa de la mano, a quien pertenece el dedo. Por lo tanto, rechaza las desigualdades y medidas cuando piensas en Dios, y entiende la unidad del dedo y la mano, y de toda la sustancia: con el cual dedo la ley fue escrita en tablas de piedra. Por otra Escritura también, es muy fácil mostrar la prueba de nuestra fe. Solo Dios es llamado sabio: no recibiendo sabiduría de otro, ni siendo llamado sabio por la participación de la sabiduría de otro. Pues muchos son llamados sabios, no por su propia naturaleza, sino por la

comunicación de la sabiduría. Dios, sin embargo, no por la participación de la sabiduría de otro, ni hecho sabio de otra parte, es llamado el único sabio, y generando sabiduría, y haciendo a otros sabios. Esta sabiduría es nuestro Señor Jesucristo, quien es llamado el poder de Dios y la sabiduría de Dios. El Espíritu Santo también es llamado sabiduría. Pues en los libros antiguos se refiere que Jesús, hijo de Nave, fue lleno del espíritu de sabiduría por el Señor. Así como, por tanto, solo Dios es sabio, no recibiendo sabiduría de otra parte, sino haciendo sabios y generando sabiduría: es el único sabio, fuera de todos los que son llamados sabios por su denominación: "La multitud de los sabios es la salvación del mundo" (Sab. VI, 26): y, "Los que se conocen a sí mismos, estos son sabios": Y de nuevo: "Cuando estés con los sabios, serás sabio" (Prov. XIII, 20): así también el Espíritu Santo, no recibiendo sabiduría de otra parte, es llamado el espíritu de sabiduría: pues lo que subsiste es el espíritu de sabiduría: y su naturaleza no es otra cosa que el Espíritu de verdad y el Espíritu de Dios: sobre los cuales ya hemos discutido abundantemente en el volumen de las Sectas. Por lo tanto, para no repetir lo mismo innecesariamente, contentémonos con la discusión pasada.

22. Porque el Espíritu de sabiduría y verdad está inseparablemente con el Hijo, él también subsiste como sabiduría y verdad. Pues si fuera capaz de sabiduría y verdad, en algún momento descendería a dejar de tener lo que había recibido de otra parte: es decir, sabiduría y verdad. Y el Hijo, subsistiendo como sabiduría y verdad, no se separa del Padre, quien solo es sabio y verdad, proclamado por las voces de las Escrituras. Vemos que el mismo círculo de unidad y sustancia del Espíritu Santo, según lo que es el espíritu de sabiduría y verdad, lo tiene con el Hijo: y de nuevo el Hijo no difiere en sustancia del Padre. Pero cuando el Hijo es la imagen del Dios invisible, y la forma de su sustancia, cualquiera que imagine y sea formado a esta imagen o forma, es llevado a la semejanza de Dios: según las fuerzas del progreso humano, alcanzando tal forma e imagen. De manera similar, el Espíritu Santo, siendo el sello de Dios, aquellos que captan la forma e imagen de Dios, sellados por él, son llevados al sello de la sabiduría y ciencia de Cristo, además de estar llenos de fe. Pues hay divisiones de operaciones, pero el mismo espíritu que opera todo en todos (I Cor. XII, 4). Por lo tanto, operando el Padre la plenitud múltiple de carismas, el Hijo la multiplica subsistiendo por el Espíritu Santo. Pues a unos se les da por el Espíritu la palabra de sabiduría. A otros, la ciencia, según el mismo espíritu. A otros, la fe en el mismo espíritu, y los demás dones enumerados por el Apóstol, a los cuales se añade: "Pero todas estas cosas las opera uno y el mismo espíritu: distribuyendo a cada uno como quiere" (Ibid., 8 y ss.).

23. Por lo tanto, al decir que la naturaleza del Espíritu Santo es operativa y, por así decirlo, distributiva, no nos dejemos llevar por aquellos que dicen que el Espíritu Santo es una operación y no la sustancia de Dios. Y también en muchos otros lugares se demuestra la naturaleza subsistente del Espíritu Santo: como en aquello que escriben los apóstoles: "Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros" (Hechos XV, 28): porque lo que se dice, "ha parecido bien", no significa operación, sino naturaleza: especialmente cuando también se encuentra algo similar sobre el Señor, como: "Como al Señor le ha parecido bien, así se ha hecho" (Job I). Finalmente, sus palabras se leen muy a menudo, como en aquello: "Mientras ayunaban y ministraban: es decir, los discípulos de Cristo, dijo el Espíritu Santo: Separadme a Bernabé y a Saulo, para la obra a la que los he llamado" (Hechos XIII, 2). Esta voz, indicadora de divinidad y autoridad, muestra una sustancia no creada, sino increada. Pues el Espíritu Santo no llamó a Bernabé y a Pablo a una obra que no fuera del Padre y del Hijo: ya que el ministerio que el Espíritu les encomendó y confió es el ministerio del Padre y del Hijo. Pablo habla a los Gálatas. "Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para los gentiles y en Bernabé" (Gálatas II, 8). Pues igualmente fueron dirigidos a las naciones por la autoridad del Espíritu Santo. Con Cristo

también obrando en los apóstoles, el ministerio fue completado por el Espíritu, como los mismos apóstoles confiesan que hablan en Cristo, y lo que vieron con sus propios ojos, y fueron hechos ministros de la palabra, es decir, de Cristo: y dispensadores de los misterios de Dios. Finalmente, como poseedores del principado en el sacerdocio, y demostrados iniciadores de la fe por Cristo, diciendo: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo XXVIII, 19). Y como el Apóstol escribe muy correctamente: "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo". ¿Quién no se verá obligado por la misma verdad a aceptar la indiferencia de la santa Trinidad, mientras que hay una sola fe en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo: y el lavacro se da y se confirma en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo?

24. No creo que nadie sea tan insensato y demente como para pensar que el bautismo es perfecto si se da en el nombre del Padre, y del Hijo, sin la inclusión del Espíritu Santo: o nuevamente en el nombre del Padre, y del Espíritu Santo, omitiendo el nombre del Hijo: o ciertamente en el nombre del Hijo, y del Espíritu Santo, sin anteponer el nombre del Padre. Aunque alguien pueda existir de corazón pétreo (por así decirlo) y completamente ajeno a la mente: que intente bautizar de tal manera que omita uno de los nombres preceptivos: evidentemente contrario al legislador de Cristo: sin embargo, bautizará sin perfección: más bien, no podrá liberar completamente de los pecados a aquellos que crea haber bautizado. De esto se deduce cuán indivisa es la sustancia de la Trinidad, y que el Padre es verdaderamente el padre del Hijo, y el Hijo verdaderamente el hijo del Padre: y el Espíritu Santo verdaderamente el Espíritu del Padre y de Dios: y además de la sabiduría y la verdad, es decir, del Hijo de Dios. Esta es, por tanto, la salvación de los creyentes, y la dispensación de la disciplina eclesiástica se perfecciona en esta Trinidad. Pues cuando el Salvador envió a sus discípulos a predicar el Evangelio, y se dice que el Padre estableció en la Iglesia, primero a los apóstoles, segundo a los profetas, tercero a los maestros, sobre este asunto también los Apóstoles con una sentencia congruente: "Y como hemos sido aprobados por Dios para creer en el Evangelio, así hablamos: no para agradar a los hombres, sino a Dios que probó nuestros corazones" (I Tes. II, 4): estos mismos que Cristo ordenó ser maestros, y el Padre aprobó, y el Espíritu Santo se dice que los constituyó dispensadores y superiores en la Iglesia. Pues cuando Pablo Apóstol reunió en Mileto a los presbíteros de diversos lugares y muchas Iglesias: "Atended", dijo, "a vosotros mismos y a todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia del Señor, que adquirió con su propia sangre" (Hechos XX, 28). Pues si aquellos a quienes Cristo envió a evangelizar y bautizar a las naciones, el Espíritu Santo los puso sobre la Iglesia, destinados por la sentencia del Padre: no hay duda de que hay una sola operación y aprobación del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: y consecuentemente, la misma sustancia de la Trinidad. También debe considerarse que en el corazón y el sentido no puede habitar una criatura, sino Dios y su palabra en el Espíritu Santo: como el Padre habla a algunos: "Habitaré en ellos, y andaré entre ellos" (II Cor. VI, 16). Y a él mismo alguien dirige la voz: "Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel" (Sal. XXI, 4). El Altísimo, en efecto, habita en las alturas, creador de toda la creación. También habita el unigénito Hijo en la mente pura y en el corazón de los creyentes. Pues por la fe habita Cristo, en el hombre interior: en el Espíritu dice el Apóstol, escribiendo así: "En el Espíritu, en el hombre interior habita Cristo por la fe en vuestros corazones" (Efes. III, 17). Él mismo también habla de sí mismo: "Cristo vive en mí" (Gál. II, 20). Y de nuevo: "Cristo habla en mí" (II Cor. XIII, 3). Y el Salvador dice: "Vendremos, yo y el Padre" (Juan XIV, 23): sin duda, a aquel que haya guardado sus mandamientos, y haremos morada en él. Además, este discurso se teje así: "Si alguien me ama, guardará mi palabra. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Ibid.). En otro lugar también, toda la naturaleza de las criaturas racionales es llamada la casa del Salvador.

25. Así como el Señor Jesús está sobre su casa, de la cual somos nosotros: así la casa de Cristo es el templo de Dios, en el cual habita el Espíritu de Dios. Escribiendo a los Corintios, Pablo dice: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (I Cor. III, 16). Si, por tanto, en la casa y el templo, donde habitan el Padre y el Salvador, se encuentra inmediatamente también el Espíritu Santo, de esto se demuestra la sustancia indivisa de la Trinidad. Y poco después en la misma epístola: "¿No sabéis", dice, "que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que tenéis de Dios?" (Ibid.). Por tanto, cuando se enseña que el Espíritu Santo, al igual que el Padre y el Hijo, habita en la mente y el hombre interior, no diré que es absurdo, sino impío decir que es una criatura. Pues es posible que las disciplinas, digo las virtudes y las artes, y las perturbaciones contrarias a ellas, y las impericias, y los afectos habiten en las almas: no obstante, no como sustantivas, sino como accidentales. Pero es imposible que una naturaleza creada habite en el sentido. Si esto es verdad, y el Espíritu Santo, sin ninguna ambigüedad, subsiste, es habitador del alma y del corazón: no hay duda de que debe ser creído increado junto con el Padre y el Hijo. Por lo tanto, de todo lo que el discurso precedente discute, el Espíritu Santo, incorruptible y eterno según la naturaleza del Padre y del Hijo, ha demostrado ser, eliminando toda ambigüedad y sospecha sobre sí mismo, para que no se le considere una de las sustancias creadas. Pero tampoco puede haber duda de que es el Espíritu de Dios, que las palabras del Salvador en el Evangelio declaran que sale del Padre. "Cuando venga", dice, "el Consolador, a quien yo enviaré a vosotros, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí" (Juan XV, 26). Llama al Espíritu Santo que viene Consolador, dándole el nombre por su operación: porque no solo consuela a aquellos que encuentra dignos, y los hace ajenos a toda tristeza y perturbación: sino que les otorga una alegría y felicidad increíble, tanto que alguien puede, dando gracias a Dios por ser considerado digno de tal huésped, decir: "Has puesto alegría en mi corazón" (Sal. IV, 7). Pues una alegría eterna reside en el corazón de aquellos en quienes el Espíritu Santo es habitador. Este Espíritu Santo Consolador es enviado por el Hijo: no según el ministerio de ángeles, o profetas, o apóstoles, sino como debe ser enviado por la sabiduría y la verdad el Espíritu de Dios, teniendo una naturaleza indivisa con la misma sabiduría y verdad. Pues el Hijo enviado por el Padre no se separa, ni se desune de él, permaneciendo y teniéndolo en sí mismo. Así también el Espíritu de verdad, enviado de la manera antes mencionada por el Hijo, procede del Padre, no migrando de un lugar a otro. Pues esto es imposible y blasfemo. Si el Espíritu sale de un lugar a otro, también el Padre se encontrará en un lugar, y el Espíritu de verdad, según la naturaleza de los cuerpos, circunscrito por un cierto espacio, abandonará un lugar y migrará a otro. Pero así como el Padre no está en un lugar, estando más allá de toda la naturaleza de los cuerpos: así también el Espíritu de verdad no está encerrado por el límite de los lugares, siendo incorpóreo: y para decirlo más verdaderamente, superando toda la creación racional.

26. Porque es imposible e impío creer estas cosas que hemos dicho sobre los incorpóreos: salir del Padre el Espíritu Santo, debe entenderse como el Salvador testifica de sí mismo que salió de Dios, diciendo, "Yo salí de Dios y vine" (Juan VIII, 42). Y así como separamos los lugares y las mudanzas de lugares de los incorpóreos: así también distinguimos las proyecciones dentro y fuera de la naturaleza de los intelectuales, porque estas son de los cuerpos que reciben el tacto, y tienen vastedades. Por lo tanto, con un discurso inefable y conocido solo por la fe, se debe creer que el Salvador ha sido dicho que salió de Dios, y que el Espíritu de verdad procede del Padre, hablando el Espíritu que procede de mí. Pues aunque podría haber dicho de Dios, o del Señor, o del Omnipotente, no tocó ninguno de estos: sino que dijo, del Padre: no porque el Padre sea otro que Dios Omnipotente: porque es un crimen incluso pensar esto; sino que según la propiedad e intelecto del padre, se dice que el Espíritu

de verdad procede de él. Aunque el Salvador frecuentemente dice que salió de Dios, sin embargo, asume más la propiedad y (por así decirlo) familiaridad del nombre del Padre, diciendo: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 10). Y en otro lugar: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30); y muchas otras cosas similares a estas, que el lector encontrará observando en el Evangelio. Este Espíritu Santo que procede del Padre, "dará testimonio", dice el Señor, "de mí", dando un testimonio similar al testimonio del Padre, del cual dice: "El que me envió, el Padre, da testimonio de mí" (Juan XII, 49). Pero cuando el Hijo envía al Espíritu de verdad, al que llamó Consolador, también lo envía el Padre. Pues el Padre no envía cuando el Hijo envía, ya que el Espíritu viene con la misma voluntad del Padre y del Hijo: también hablando el Salvador por el Profeta: como podrá ser evidente para quien lea todo el pasaje. "Y el Señor me envió, y su Espíritu": Pues no solo el Hijo, sino también el Espíritu es enviado por Dios. Y el Apóstol también habla: "Lo que ahora os ha sido anunciado por aquellos que os evangelizaron, con el Espíritu Santo enviado desde el cielo" (I Pedro I, 12). Y en el libro que se titula Sabiduría, por aquellos que han recibido los dones divinos, se envía una voz dando gracias a Dios. "¿Quién ha investigado las cosas que están en los cielos? ¿Y quién ha conocido tu voluntad, sino que tú diste sabiduría, y enviaste tu Espíritu Santo desde lo alto? Y así fueron corregidos los caminos de aquellos que estaban sobre la tierra: y los hombres fueron enseñados en lo que te agrada" (Sab. IX, 17). Y en la lectura presente, no solo se da la sabiduría de Dios, es decir, su Hijo unigénito, por el Padre, sino que también se envía el Espíritu Santo.

135 27. En el mismo Evangelio se proclama que el Espíritu Santo es dado por el Padre y enviado, como dice el Salvador: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad" (Juan XIV, 16). Y de nuevo, "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas" (Ibid., 26). Pues en estos discursos, se dice que el Padre da otro Paráclito, no otro diferente de aquel que es enviado por el Hijo según aquello: "Pero cuando venga el Paráclito, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad" (Juan XV, 26). A quien llamó otro Paráclito, no según la diferencia de naturaleza, sino la diversidad de operación. Pues cuando el Salvador tiene la persona de mediador y embajador, y como sumo sacerdote intercede por nuestros pecados, salvando eternamente a aquellos que por él se acercaron a Dios, porque siempre vive para interceder por ellos [Ms. nosotros] al Padre; el Espíritu Santo, según otro significado, es llamado Paráclito, por consolar a los que están en tristeza. Pero no pienses que por la diversa operación del Hijo y del Espíritu Santo, hay diferentes naturalezas. Pues en otro lugar se encuentra que el Espíritu Paráclito actúa como embajador ante el Padre, como en aquello: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, cómo [Al. con] según Dios intercede por los santos" (Rom. VIII, 26).

28. El Salvador también opera la consolación por la cual el Espíritu Santo es llamado Paráclito, en los corazones de aquellos que la necesitan. Pues está escrito: "Y consoló a los humildes del pueblo" (Sal. XVII y XXXII). Por eso, a aquellos que habían recibido este beneficio, proclamando a él, decía: "Señor, según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma" (Sal. XCIII, 19); o, "amaron mi alma": pues de ambas maneras está escrito [Al. Falta] en diferentes ejemplares. Pero también el Padre es llamado Dios de toda consolación: consolando a los que están en tribulación, para que de esas mismas angustias 136 por la paciencia primero alcancen la salvación, y luego la corona de gloria. Por tanto, el Espíritu consolador y santo, y el Espíritu de verdad es dado por el Padre, para que siempre habite con los discípulos de Cristo, con quienes también el Salvador está, diciendo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. XXVIII, 20). Y

como siempre el Espíritu Santo está presente [Al. asiste] a los apóstoles y el Hijo, se sigue que también el Padre está con ellos, porque quien recibe al Hijo, recibe también al Padre: y el Hijo hace morada con el Padre en aquellos que son dignos de su venida. Pero donde está el Espíritu Santo, inmediatamente se encuentra también el Hijo. Pues cuando el Espíritu Santo está en los profetas, haciéndolos predecir el futuro, y otras cosas que son de la operación profética, se dice que la palabra de Dios vino a ellos, para que a lo que es costumbre de los profetas, "Así dice el Señor", también se añada aquello, "La palabra que vino a Isaías", o a los demás.

29. Pero que los profetas tenían el Espíritu Santo, lo conocemos por la clara palabra de Dios. Pues dice: "Cualquier cosa que mandé en mi Espíritu a mis siervos los profetas" (Amós III, 7). Y el Salvador en el Evangelio indica que los hombres justos, y aquellos que antes de su venida profetizaron al pueblo lo que vendría [Vat. predecían], estaban llenos de la inspiración del Espíritu Santo. Pues preguntando a los fariseos qué pensaban de Cristo, y oyendo que era "hijo de David", dice: "¿Cómo David en el Espíritu lo llama Señor, diciendo: 'Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha'? Si entonces David lo llama en el Espíritu Santo Señor, ¿cómo es su Hijo?" (Mat. XXII, 43). Y Pedro habla a los compañeros de fe: "Era necesario que se cumpliera la Escritura, que el Espíritu Santo predijo por boca de David acerca de Judas, etc." (Hech. I, 16). Y en el mismo libro de nuevo: "Tú que por el Espíritu Santo hablaste por boca de David tu siervo: '¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas?'" (Hech. IV, 25). También Isaías, cuando fue impulsado por la palabra de Dios a profetizar, se dice que profetizó por mandato del Espíritu Santo: como se escribe al final de los mismos Hechos. "Bien habló el Espíritu Santo por Isaías el profeta a vuestros padres, diciendo: 'Ve a este pueblo, y di: De oído oiréis, y lo demás'" (Hech. XXVIII, 25). Esta profecía que el apóstol Pablo afirma que fue pronunciada por el Espíritu Santo, el mismo libro del profeta recuerda que fue dicha por el Señor. Y dijo Isaías: "Y oí la voz del Señor, diciendo: '¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?' Y dije: 'Heme aquí, envíame a mí'. Ve, dijo, y di a este pueblo: 'De oído oiréis'" (Isa. VI, 9). Y después de otras cosas, el mismo Señor dice: "Y se convertirán, y los sanaré". Y enseguida el profeta: "¿Hasta cuándo, Señor?" pues cuando el Señor dijo al profeta que dijera lo que está escrito, y el profeta respondió al Señor que mandaba, "¿Hasta cuándo, Señor?" lo que fue dicho por el Señor al profeta, Pablo afirma que fue recordado en el Espíritu Santo. De lo cual se muestra claramente, como ya hemos dicho muchas veces, que la voluntad y la naturaleza del Señor son una, y del Espíritu Santo, y en la denominación del Espíritu también se entiende el nombre del Señor. Pues así como a los Corintios el nombre de Dios se pone sobre el Padre, y el de Señor sobre el Hijo, ni al Padre le quita el dominio, ni al Hijo la deidad: pues de la misma manera que el Padre es Señor, y el Hijo es Dios, así también el Espíritu Santo es llamado Señor. Y si es Señor, consecuentemente también es Dios: como ya dijimos antes, cuando pusimos la voz del apóstol Pedro a Ananías, que había sustraído dinero: porque también la deidad [Al. divinidad] se sobreentiende en el Espíritu Santo.

30. Pero ya que de ahí se ha deducido el orden de la cuestión: "Pero cuando venga el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas" (Luc. XII, 12): ahora busquemos en el mismo discurso, si podemos encontrar algo en él que concuerde con lo que se ha dicho. El Salvador afirma que el Espíritu Santo es enviado por el Padre en su nombre, cuando propiamente el nombre del Salvador es Hijo: pues la comunidad de naturaleza, y (por así decirlo) la propiedad de las personas, se señala por esta voz. En la cual denominación del Hijo, enviado por el Padre el Espíritu Santo, no se entiende como siervo, ni otro, ni separado del Hijo. Y así como el Hijo viene en la denominación del Padre, diciendo: "Yo he venido en 138 el nombre de mi Padre" (Juan V, 43): pues es propio

del Hijo venir en el nombre del Padre, salvando la propiedad del Hijo hacia el Padre, y del Padre hacia el Hijo: así, por el contrario, nadie más viene en el nombre del Padre, sino, por ejemplo, en el del Señor, y de Dios, y del Omnipotente. Lo cual puedes advertir claramente releiendo a los profetas de corazón. Pues también Moisés, gran ministro y siervo de Dios, vino en el nombre de aquel que es: y en el nombre del Dios de Abraham, Isaac, y Jacob, Dios hablándole: "Así dirás a los hijos de Israel, el que es, me ha enviado a vosotros" (Éxodo III, 15). Y de nuevo, "Les dirás, el Dios de Abraham, Isaac, y Jacob me ha enviado a vosotros". Pues la misión de los siervos justos, como eran aquellos de quienes dijo: "Mandaré en mi Espíritu a mis siervos los profetas" (Zacarías I, 6), se hizo en el nombre de Dios. Y porque [Fort. quien] se mostraron dignos de Dios, se dice que vinieron en el nombre de Dios. De nuevo, progresando a más, y permaneciendo bajo el imperio de un solo Dios, vinieron en la denominación del Dios Omnipotente. Pero como los hijos de Israel, habitando en Egipto, aprendieron a adorar como dioses a los que no son, y a venerar a los padres del mundo con honor divino: fue consecuente que Moisés fuera enviado a ellos bajo el nombre de aquel que es, y liberándolos de los falsos dioses, los condujera a la verdadera deidad, y al Señor de los padres Abraham, Isaac, y Jacob.

31. Así como los siervos que vienen en el nombre del Señor, por el mismo hecho de que son sujetos, y sirven, indican al Señor, refiriendo su propiedad: pues son siervos del Señor: así también el Hijo que viene en el nombre del Padre, lleva la propiedad del Padre y el nombre, y por esto es aprobado [Al. llamado] Hijo unigénito de Dios. Porque el Espíritu Santo es enviado por el Padre en el nombre del Hijo, teniendo la propiedad del Hijo, según que es Dios, pero no obstante la filiación, para que sea su Hijo, muestra que está unido al Hijo en unidad. Por eso también se le llama Espíritu del Hijo, haciendo hijos por adopción a aquellos que quisieran recibirlo. Pues "vosotros que sois hijos de Dios, el Padre envió el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, clamando Abba Padre" (Rom. VIII, 15). Este mismo Espíritu Santo, que viene en el nombre del Hijo, enviado por el Padre: enseñará todas las cosas a aquellos que son perfectos en la fe de Cristo. Todas aquellas cosas que son espirituales e intelectuales: y para concluir brevemente todo, todos los sacramentos de la verdad y la sabiduría. Pero enseñará, no como un doctor y maestro de disciplina que ha adquirido de otro lugar: pues esto es de aquellos que han aprendido la sabiduría y algunas artes con estudio e industria; sino como el mismo arte y doctrina y sabiduría y Espíritu de verdad, invisiblemente [Al. invisible] insinúa en la mente el conocimiento de las cosas divinas. Pues también el Padre enseña así a sus discípulos, diciendo aquel que había sido enseñado por él: "Dios, me enseñaste sabiduría". Y audazmente otro clamando: "Me enseñaste, Dios, desde mi juventud" (Sal. LXX, 17): y así todos se hacen doctos. También el Hijo de Dios y la sabiduría de Dios y la verdad enseña así a sus participantes, para que no enseñe la disciplina con arte, sino con naturaleza. Por eso también los discípulos lo llaman solo maestro cuando son enseñados por él. Estas mismas disciplinas que son dadas por el Padre y el Hijo en los corazones de los creyentes, el Espíritu Santo las ministra a aquellos que han dejado de ser animales [Al. dejan]. Pues el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu; pensando que es locura lo que se dice (I Cor. II, 14); pero quien ha purificado su mente de perturbaciones, se llena de las disciplinas del Espíritu Santo, es decir, de los discursos de sabiduría y ciencia: tanto que quien las ha recibido dice: "Pero Dios nos las reveló por el Espíritu Santo" (Ibid., 10). Pero Dios a aquellos que se han preparado así les concede el Espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo a él mismo: quienes recibiendo el Espíritu de sabiduría, no de otro lugar, sino del mismo Espíritu Santo se hacen sabios, y por él entienden al Señor, y todo lo que es de la voluntad de Dios, y al mismo Espíritu, con él revelando, lo conocen, para que sepan que les ha sido dado por el Señor: de modo que quien ha conseguido el espíritu de revelación y sabiduría, sea suficiente para predicar los dogmas de la verdad no con arte

humana, sino apoyado en el arte de Dios: como también podemos oír a uno de estos apóstoles, diciendo: "Y mi predicación y mi palabra no con palabras persuasivas de sabiduría humana: sino en demostración del Espíritu y del poder de Dios" (Ibid., 4). Pero no podemos interpretar otro poder igual al Espíritu que Cristo nuestro Señor. Pues él mismo dice a los discípulos: "Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hech. I, 8). Y al ángel [Al. arcángel] María, "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Luc. I, 35). Por tanto, el poder creador del Altísimo, con el Espíritu Santo viniendo sobre la virgen María, fabricó el cuerpo de Cristo: con el cual, usando como templo, nació sin semilla de varón.

32. De lo cual se muestra que el Espíritu Santo es creador, como ya brevemente mostramos en el volumen de los Dogmas. Y en el Salmo se dice al Señor: "Quitarás de ellos tu Espíritu, y perecerán, y volverán a su tierra. Enviarás tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra" (Sal. CIII, 30). Y no es de extrañar si el Espíritu Santo es el creador del cuerpo del Señor, cuando asociado al Padre y al Hijo, con el mismo poder creó todas las cosas que el Padre creó y el Hijo. Pues dice: "Enviarás tu Espíritu, y serán creados". Por lo demás, ya hemos mostrado frecuentemente que el Espíritu Santo es de la misma operación que el Padre y el Hijo, y en la misma operación hay una sola sustancia: y recíprocamente de las cosas que son $\acute{\omicron}\mu\acute{\omicron}\upsilon\sigma\iota\alpha$, la operación tampoco es diversa. Pero para que también pongamos otro testimonio que nos pueda ayudar en la fe del Espíritu Santo, en el Evangelio el discurso se teje así: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis llevar ahora. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere: y os anunciará las cosas que han de venir. Él me glorificará [Al. glorificará]: porque tomará de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío. Por eso os dije: que tomará de lo mío, y os lo anunciará" (Juan XVI, 13).

33. Pues de estas palabras de los sacramentos se nos enseña, que habiendo enseñado muchas cosas a sus discípulos Jesús, dijo: "Aún tengo muchas cosas que deciros", porque esta palabra, "aún tengo muchas cosas que deciros", no se dirige a nuevos cualesquiera, y completamente vacíos de la gracia de Dios: sino a aquellos que eran oyentes de sus palabras, que aún no habían conseguido todo. Pues habiéndoles entregado lo que podía ser suficiente, dejó para un tiempo futuro lo que sin la disciplina del Espíritu Santo no podían saber: porque antes de la venida de la pasión del Señor no había sido dado el Espíritu Santo a los hombres, diciendo el Evangelista: "Porque aún no había sido dado el Espíritu a ninguno, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan VII, 39). Diciendo glorificar a Jesús, gustar la muerte por todos. Así que después de la resurrección apareciendo a sus discípulos, y soplando en su rostro: "Recibid", dice, "el Espíritu Santo" (Juan XX, 22). Y de nuevo: "Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hech. I, 8). Con el cual viniendo en los corazones de los creyentes, se llenan de discursos de sabiduría y ciencia, y así hechos espirituales, reciben la disciplina del Espíritu Santo, que puede guiarlos a toda la verdad. Pues aún no estaba [Forte instaba] la hora en que debían ser llenos del Espíritu Santo, entonces cuando les dijo, "Aún tengo muchas cosas que deciros", consecuentemente añadió, "pero no las podéis llevar ahora" (Juan XVI, 12). Pues aún sirviendo al tipo de la ley, y a las sombras, y a las imágenes, no podían ver la verdad (de la cual la ley llevaba la sombra), por eso tampoco soportar las cosas espirituales. Pero cuando, dice, venga aquel, es decir, el Paráclito Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad, trasladándoos con su enseñanza e instrucción de la muerte de la letra, al espíritu vivificante, en el cual solo está puesta toda la verdad de la Escritura. Pues el mismo Espíritu de verdad, entrando en una mente pura y simple, sellará en vosotros el conocimiento de la verdad, y siempre añadiendo lo nuevo a lo viejo, os guiará a toda la verdad.

34. También alguien dirigiendo oraciones a Dios Padre, dice: "Guíame en tu verdad" (Sal. XXIV, 5): esto es, en tu Unigénito, testificando con su propia voz: "yo soy la verdad" (Juan XIV, 6). Esta perfección la concede Dios enviando el Espíritu de verdad, que guíe a los creyentes a toda la verdad. Luego en lo siguiente sobre el Espíritu de verdad, que es enviado por el Padre, y es Paráclito, el Salvador (que también es la verdad) dice: "Porque no hablará por sí mismo" (Juan XVI, 13): esto es, no sin mí, y sin mi voluntad y la del Padre, porque es inseparable de mi voluntad y la del Padre. Porque no es de sí mismo, sino que es del Padre y de mí, pues esto mismo que subsiste y habla, es del Padre y de mí. Yo hablo la verdad, es decir, inspiro lo que habla. Pues es el Espíritu de verdad. Pero decir y hablar en la Trinidad, no debe tomarse según nuestra costumbre, con la que nos comunicamos y hablamos entre nosotros, sino según la forma de las naturalezas incorpóreas, y especialmente de la Trinidad, que inserta su voluntad en el corazón de los creyentes, y de aquellos que son dignos de oírla! esto es, decir y hablar.

35. Pues nosotros los hombres cuando hablamos de alguna cosa a otro, primero concebimos en la mente lo que queremos, sin palabra. Luego queriendo transferirlo al sentido del otro, movemos el órgano de la lengua, y como un cierto plectro chocando las cuerdas de los dientes, emitimos un sonido vocal. Así como nosotros movemos la lengua, que chocamos con el paladar y los dientes, y templamos el aire golpeado en diversas palabras, para comunicar lo que nos es conocido a otros, así también es necesario que el oyente preste oídos abiertos, y sin ningún defecto cerrados, a lo que se dice, para que pueda saber lo que se dice, como lo sabe aquel que habla. Pero Dios, de naturaleza simple e incompuesta y espiritual, no tiene ni oídos, ni órganos por los cuales se emite la voz; sino que su sustancia solitaria e incomprensible no se compone de miembros ni partes. Lo cual también debe entenderse de manera similar del Hijo y del Espíritu Santo.

36. Por tanto, cuando leemos en las Escrituras: "Dijo el Señor a mi Señor" (Salmo 109, 2). Y en otro lugar: "Dijo Dios, hágase la luz" (Génesis 1, 3), y otras expresiones similares, debemos interpretarlas de manera digna de Dios. Pues el Padre no comunica su voluntad al Hijo (quien es sabiduría y verdad) sin que este lo sepa, ya que todo lo que habla, siendo sabio y verdadero, lo tiene en sabiduría y en sustancia. Así, que el Padre hable y el Hijo escuche, o viceversa, que el Hijo hable y el Padre escuche, es una manifestación del consenso y de la misma naturaleza en el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo, que es el espíritu de verdad y de sabiduría, no puede escuchar del Hijo lo que no sabe, ya que es lo mismo que se expresa por el Hijo, es decir, procedente de la verdad, consolador que emana del consolador, Dios de Dios, Espíritu de verdad que procede. Finalmente, para que nadie lo separe de la voluntad y sociedad del Padre y del Hijo, está escrito: "No hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga" (Juan 16, 13). A lo que el Salvador también dice de sí mismo: "Como oigo, juzgo" (Juan 5, 30). Y en otro lugar: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19). Pues si el Hijo es uno con el Padre, no según la doctrina de Sabelio que confunde al Padre y al Hijo, sino según la indiscreción de la esencia o sustancia, no puede hacer nada sin el Padre, porque las obras de los separados son diferentes, pero viendo al Padre obrar, él también obra, no en un segundo grado, y después de él. Las obras del Padre y del Hijo comenzarían a ser diferentes si no se hicieran de manera igual. Sin embargo, está escrito: "Porque lo que él hace, sin duda el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera". Y si al obrar el Padre y el Hijo, no según un orden de primero y segundo, sino según el mismo tiempo de obrar lo mismo e indistinto, subsisten todas las cosas que se hacen, y el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, porque no puede separarse del Padre, así también el Espíritu Santo, de ninguna manera separado del Hijo, debido a la comunidad de voluntad y naturaleza, no se cree que hable por sí mismo, sino que habla todo lo que habla según la palabra y la

verdad de Dios. Esta opinión la confirman las palabras del Señor que dicen: "Él me glorificará", es decir, el Paráclito; "porque tomará de lo mío". Aquí nuevamente, tomar debe entenderse como algo que conviene a la naturaleza divina.

37. Así como el Hijo al dar, no se priva de lo que otorga, ni lo imparte a otros con pérdida propia, así también el Espíritu no recibe lo que antes no tenía. Pues si recibió lo que antes no poseía, al transferir el don a otro, se convierte en un dador vacío, cesando de tener lo que otorga. Así como entendimos anteriormente al discutir sobre las naturalezas incorpóreas, así también ahora se debe entender que el Espíritu Santo recibe del Hijo lo que es de su propia naturaleza, y no como dador y receptor, sino como una sola sustancia. Pues también se dice que el Hijo recibe del Padre lo mismo por lo que subsiste. Porque el Hijo no es otra cosa que lo que le es dado por el Padre, ni el Espíritu Santo es otra sustancia aparte de lo que le es dado por el Hijo. Por eso se dice esto, para que creamos que en la Trinidad la naturaleza del Espíritu Santo es la misma que la del Padre y del Hijo.

38. Porque toda voz humana no puede juzgar otra cosa que cuerpos, y la Trinidad, de la que ahora hablamos, supera todas las sustancias materiales, por eso ninguna palabra puede propiamente aplicarse a ella y significar su sustancia, sino que todo lo que decimos es "καταχρηστικῶς", es decir, abusivamente, y de todas las cosas incorpóreas, y más aún cuando hablamos de la Trinidad. Así, el Espíritu Santo glorifica al Hijo, mostrándolo y manifestándolo abiertamente a aquellos que son dignos de entenderlo y verlo con un corazón puro, y conocer el esplendor de la sustancia y la imagen del Dios invisible. Nuevamente, la misma imagen, mostrándose a las mentes puras, glorifica al Padre, insinuándolo a los ignorantes, pues él mismo dice: "Quien me ve, ve al Padre" (Juan 14, 9). El Padre también, revelando al Hijo a aquellos que han merecido llegar al conocimiento, glorifica a su unigénito, mostrando su magnificencia y poder. Pero el mismo Hijo, otorgando el Espíritu Santo a aquellos que se han preparado dignamente para su don, y revelando la sublimidad de la glorificación y el poder de su grandeza, lo glorifica. Luego, introduciendo una interpretación, después de haber dicho "tomará de lo mío", inmediatamente añadió: "Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará" (Juan 16, 14), hablando de alguna manera, aunque el Espíritu de verdad procede del Padre, y Dios da el Espíritu Santo a quienes lo piden, sin embargo, porque todo lo que tiene el Padre es mío, y el mismo Espíritu del Padre es mío, y tomará de lo mío. Pero ten cuidado cuando se dicen estas cosas, no caigas en el error de pensar que hay alguna cosa o posesión que el Padre tiene y el Hijo. En verdad, lo que el Padre tiene según la sustancia, es decir, eternidad, inmutabilidad, incorruptibilidad, bondad inmutable, subsistente de sí y en sí, lo mismo tiene el Hijo. Y, para añadir más, todo lo que el Hijo mismo subsiste, y todo lo que es del Hijo, lo mismo tiene el Padre. Que estén lejos de aquí las trampas de los dialécticos, y que se alejen de la verdad los sofismas, que tomando ocasión de impiedad de la piadosa predicación, dicen: Por tanto, el Padre es el Hijo, y el Hijo es el Padre. Pues si hubiera dicho, todo lo que tiene Dios es mío, la impiedad tendría ocasión de inventar, y la mentira parecería verosímil. Pero cuando dijo: "Todo lo que tiene el Padre es mío", con el nombre del Padre se declaró a sí mismo Hijo, no usurpó la paternidad, que era Hijo: aunque él mismo, por la gracia de la adopción, es Padre de muchos santos, según lo que se lee en los Salmos: "Si tus hijos guardan" (Salmo 131, 12). Y de nuevo, "Si sus hijos abandonan mi ley" (Salmo 88, 31). Pero en este discurso y sentido propuesto, consecuentemente lo que dijimos anteriormente que es del Padre, lo tiene también el Hijo, y lo que es del Hijo, lo tiene también el Espíritu Santo. Pues dice: "tomará de lo mío, por eso os anunciará lo que ha de venir". Porque a través del Espíritu de verdad, se concede a los hombres santos un conocimiento cierto de las cosas futuras. De donde también los profetas, llenos de este mismo Espíritu, preanunciaban con sentido, y como si contemplaran

presentes, las cosas que habrían de suceder después. Que esto sea suficiente y abundante, según la pobreza de nuestro ingenio, de lo que hemos dicho sobre el presente capítulo del Evangelio. Pero si el Señor ha revelado a algunos, y han sido llevados a la cercanía de la verdad, y pueden ver más claramente la verdad, concedamos a su discusión lo mejor, a quienes apoya aquel que es el Espíritu de verdad: y pedimos a quienes van a leer, que perdonen la impericia, y den indulgencia al esfuerzo, deseando ofrecer todo a Dios lo que pudo, aunque no pudo cumplir su voluntad.

39. Proponemos también el testimonio de la epístola del Apóstol a los Romanos, y examinemos lo que en ella parece congruente con la materia presente. "Para que la justificación de la ley se cumpla en vosotros: que no andáis según la carne, sino según el espíritu. Porque los que son según la carne, piensan en las cosas de la carne. Pero los que son según el espíritu, en las cosas del espíritu. Porque la sabiduría de la carne es muerte. Pero la sabiduría del espíritu, vida y paz: porque la sabiduría de la carne es enemiga de Dios: pues no se sujeta a la ley de Dios. Ni puede. Pero los que están en la carne, no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu: si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia. Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en vosotros: el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros. Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne. Porque si vivís según la carne, moriréis. Pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor: sino que habéis recibido el Espíritu de adopción en el cual clamamos Abba Padre. Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos de Dios: coherederos con Cristo: si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él" (Romanos 8, 4 y ss.). En el presente capítulo del Apóstol se demuestran muchas cosas sobre la sociedad del Espíritu, que tiene con el Padre y el Hijo. Pues el Apóstol dice que la justificación divina y la ley espiritual se cumplen en aquellos: no que andan según la carne, sino según el Espíritu. El que anda según la carne, es aquel que, unido al cuerpo por los placeres y vicios de la carne, hace todas las cosas que son de la carne y las obras del cuerpo, describe el discurso apostólico. Pero el que anda según el Espíritu, es aquel que, caminando en los preceptos de la ley de Dios y del Evangelio, sigue el orden de los mandamientos espirituales. Pues así como es vicio de los carnales pensar en las cosas de la carne, y meditar en las cosas de los cuerpos, así por el contrario es virtud de los espirituales, pensar siempre en las cosas celestiales y eternas, y tratar de las cosas que son del espíritu. Pero la sabiduría de la carne, inmediatamente unida a la muerte, mata a aquellos que andan y piensan según la carne: pero la sabiduría del espíritu, otorga a quienes la poseen la tranquilidad de la mente, la paz y la vida eterna. Cuando la posean, tendrán bajo sus pies todas las perturbaciones y géneros de vicios, y también a los mismos demonios (que intentan sugerir estas cosas). Por tanto, la sabiduría de la carne, unida a la muerte, es enemiga de Dios. Hace enemigos a aquellos que vivieron según sus leyes: siempre contraria y opuesta a la voluntad y ley de Dios. Pues no puede ser que quien está en la sabiduría de la carne, guarde los preceptos de Dios, y se someta a su voluntad. Mientras servimos a los placeres, no podemos servir a Dios. Pero cuando hayamos sometido bajo nuestros pies la lujuria que nos tienta, y transfiriéndonos totalmente al espíritu, de ninguna manera estaremos en la carne, es decir, en las pasiones de la carne, entonces nos someteremos a Dios. Pues el discurso del Apóstol no se refiere a esta carne en la que vivimos, y en cuyo vaso se contiene nuestra alma, porque todos los santos, rodeados de cuerpo y carne, agradaron a Dios: sino más bien a lo que

se hace contra el precepto de Dios por la sociedad humana, de las cuales es: "Amarás al Señor tu Dios" (Deuteronomio 6, 5). Y, "Lo que no quieras que te hagan a ti", etc. (Tobías 4, 16). Pero vosotros, dice, sin duda discípulos de Cristo, que habéis recibido la sabiduría del Espíritu, y la vida y la paz: no estáis en la carne, es decir, en las obras de la carne, ni perpetráis sus obras, ya que tenéis el Espíritu de Dios en vosotros. Pero el mismo Espíritu de Dios, y el Espíritu de Cristo es, conduciendo y uniendo a quien lo tenga, al Señor Jesucristo. De donde también en lo que sigue está escrito: "Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él".

40. Nuevamente en el presente aprendemos la sociedad que tiene el Espíritu Santo con Dios y con Cristo. Pero también en la Epístola de Pedro, se comprueba que el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo: "Escudriñando e inquiriendo", dice, "es decir, los Profetas, de quienes había sido el discurso anterior, en qué y qué tiempo significaba aquel que estaba en ellos, el Espíritu de Cristo: testificando en Cristo las pasiones, y los decretos que habrían de seguir después: en los cuales fue revelado: que no para sí mismos, sino para nosotros ministraban las cosas que ahora os han sido anunciadas por el Espíritu Santo" (1 Pedro 1, 10 y ss.). Este Espíritu Santo ha sido llamado también Espíritu de Dios, no solo en el presente discurso, sino también en muchos otros lugares, como allí: "Las cosas de Dios, nadie las conoce sino el Espíritu de Dios" (Romanos 8, 9). Luego sigue después de esto que dice: "Pero si alguno no tiene el Espíritu de Dios, no es de él", y se añade: "Pero si Cristo está en vosotros", y se demuestra manifiestamente que el Espíritu Santo es inseparable de Cristo: porque dondequiera que esté el Espíritu Santo, allí está también Cristo, y de dondequiera que el Espíritu de Cristo se retire, de allí se retira también Cristo. Pues si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. A quien unido, si alguno asume lo contrario, puede decir: Si alguno es de Cristo, de tal manera que Cristo esté en él, en este está el Espíritu de Dios. Pero esto mismo debe usarse también de Dios Padre de manera similar. Si alguno no tiene el Espíritu de Dios, este no es de él. A quien nuevamente, si alguno asume lo contrario, diciendo: Si alguno es de Dios, en este está el Espíritu de Dios. De donde está escrito: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Corintios 3, 16). Y en la epístola de Juan: "En esto se conoce a Dios habitando en algunos, cuando permanece en ellos el Espíritu que dio" (1 Juan 4, 2). De todo esto se demuestra la sustancia indisoluble e indiscreta de la Trinidad.

41. Por tanto, cuando dice: "Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado" (Romanos 8, 10): de ninguna manera sirviendo a los vicios y a la lujuria, sino mortificado al pecado, no se mueve hacia los vicios: y de ninguna manera será vital para el pecado. Pero después de que el cuerpo haya muerto al pecado, Cristo en aquellos que han mortificado sus cuerpos, muestra presente el Espíritu de vida por la justicia, ya sea por la corrección de las obras de virtudes inmortales, ya sea por la fe en Jesucristo, en aquellos que viven según su fe. Luego el Apóstol usa otro silogismo unido, que los dialécticos llaman más significativamente "ἀξίωμα", y dice: "Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos, habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Romanos 8, 9): ¿no te parece que dice, que si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo Jesús, es decir, que es el Espíritu de ese mismo Jesucristo, habita en vosotros: consecuentemente serán vivificados también vuestros cuerpos mortales con las almas inmortales por aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, príncipe y primogénito de la resurrección? Y a quienes tal y tan gran don divino por el Espíritu ha sido concedido, somos deudores al Espíritu, no a la carne, para vivir según ella. Pues quien viva según la carne, morirá esa muerte que sigue al pecado. Pues el pecado, cuando ha sido consumado, engendra muerte (Santiago 1, 15), según

Santiago. Pero también Ezequiel escribe que el alma que peca morirá (Ezequiel 18). Pues ya se separa de la vida, que está colocada en la sabiduría del Espíritu.

42. Pero si alguno ha trascendido la vida de la carne y por el Espíritu ha mortificado las obras de la carne, vivirá una vida bienaventurada y eterna, siendo contado entre los hijos de Dios, y dirigido en el camino recto por el Espíritu Santo, que también se llama Espíritu de Dios. Pues si, dice, vivís según la carne, moriréis. Pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (Romanos 8, 13). Y en lo que sigue: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios". Nuevamente, reconfortándolos y consolándolos, y provocándolos a esperar cosas mejores, a quienes hablaba, dice: "Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor: es decir, no os abstenéis de los vicios por semejanza de siervos, por miedo y terror de los castigos: porque tenéis dado por el Padre el Espíritu de adopción, es decir, el Espíritu Santo, que es llamado Espíritu de Dios, y de Cristo, y de verdad y de sabiduría. Pero si este Espíritu adopta como hijos de Dios a aquellos en cuya dignación se convierte en habitador, te dejo la comprensión de su poder en lo que sigue.

42. Además, en este Espíritu de adopción claman quienes lo han recibido, llamando a Dios Padre, como muestra el discurso diciendo: "En el cual clamamos Abba Padre" (Romanos 8, 15): el mismo Espíritu que nos adopta como hijos, dando testimonio por la participación de sí mismo, que es poseído por nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. A lo cual sigue que Dios, como Padre, nos ha conferido riquezas hereditarias, dones espirituales: y que somos coherederos de Cristo, ya que por su gracia y bondad somos llamados sus hermanos. Seremos herederos de Dios, coherederos de Cristo si sufrimos con él: para que también merezcamos ser glorificados con él por la sociedad de las pasiones.

43. Pero ya que esto también ha sido explicado según lo que hemos podido, presentemos un capítulo del Profeta, que contiene ciertas cosas sobre el Espíritu Santo, para que no solo del Nuevo, sino también del Antiguo Testamento seamos instruidos sobre su fe y entendimiento. Pues ya hemos hablado anteriormente de que en todos los santos, tanto en aquellos que estuvieron después de la venida de nuestro Señor, como también en los Patriarcas y Profetas anteriores, la gracia del Espíritu Santo estuvo presente, llenándolos con diversos carismas y virtudes. Porque así como poseyendo la gracia de un solo Dios y de su Unigénito, tanto los que estuvieron antes como los que estuvieron después de su venida, levantaron el estandarte de la justicia y alcanzaron el conocimiento de la verdad; así también poseerán la gracia del Espíritu Santo, porque hemos demostrado en muchos lugares que el Espíritu Santo es inseparable del Padre y del Hijo. Está escrito, pues, en el Profeta: "Recordé las misericordias del Señor y su poder en todo lo que nos ha retribuido. El Señor es un buen juez para la casa de Israel: nos trata según su misericordia y según la multitud de su justicia. Y dijo: '¿No es mi pueblo hijos? y no se rebelarán.' Y se convirtió para ellos en salvación de toda su tribulación; no un enviado, ni un ángel, sino él mismo los salvó: porque los amó y tuvo compasión de ellos. Él los redimió, los acogió y los exaltó en todos los días del siglo. Pero ellos no creyeron y provocaron a su Espíritu Santo: y se volvió contra ellos como enemigo. Él los derrotó y recordó los días antiguos. Él sacó de la tierra al pastor de ovejas, quien puso en ellos su Espíritu Santo, reuniendo con la diestra a Moisés" (Isaías 63, 7 ss.).

44. Aquellos que frecuentemente han recibido los beneficios de Dios, sabiendo que los han conseguido más por su gracia y misericordia que por sus propias obras, hablan todos como con un solo consenso y ánimo concordante: "Recordé las misericordias del Señor." Pues al considerar los dones que frecuentemente recibieron de él en Moisés, le dan gracias, y junto

con la misericordia, también recuerdan las virtudes del Señor, ya sean los milagros que a menudo hizo por ellos entre los pueblos, o los progresos del alma, en los que fueron instruidos por la Ley, los Profetas y sus saludables preceptos. En las Escrituras, el nombre de virtud significa ambas cosas. Dicen que recuerdan su misericordia y sus virtudes en todo lo que les ha retribuido, no según su justicia, sino según su misericordia y bondad, que es juez para la casa que ve, y para el sentido que con corazón puro discierne al Señor. Esto se interpreta en nuestra lengua desde el hebreo como Israel, es decir, mente que ve a Dios. Aunque el juez a veces inflige tormentos y sufrimientos a quienes merecen juicio, sin embargo, quien contempla más profundamente las causas de las cosas, viendo el propósito de su bondad, que desea corregir al pecador, lo confiesa bueno, diciendo: "Nos trata según su misericordia." Porque si el Señor atendiera a las iniquidades de aquellos a quienes juzga, ¿quién podría soportarlo? Pero porque hay propiciación ante el Señor: nuestro Señor y Salvador nos trata según su misericordia, todo lo que nos lleva a la salvación. También nos trata según su misericordia, y haciendo esto en juicio, nos otorga con justicia lo que, mezclado con la bondad de la misericordia, nos ha concedido.

45. Debe ser refutado el error de los herejes a partir de este capítulo presente, quienes separando la bondad de la justicia, han imaginado a un Dios bueno y a otro justo. Pues aquí, en el presente, es el mismo Dios, tanto bueno como juez, restituyendo según su misericordia y justicia, y subsistiendo igualmente bueno y justo. Por lo tanto, es en vano que simulen una doctrina injusta, defendiendo que el Dios del Evangelio es bueno y el del Antiguo Testamento es justo, porque en muchos otros lugares, y ahora en el discurso del Profeta, Dios es escrito como juez bueno, y al contrario, lo que no quieren, en la Epístola del Apóstol Pablo (quien ciertamente es predicador del Nuevo Testamento) se refiere a Dios como justo juez. "Me está reservada," dice, "la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez" (II Tim. IV, 8). Por lo tanto, es el mismo, aunque no quieran, el Dios del Nuevo y del Antiguo Testamento, creador de lo visible e invisible, con el Salvador también en el Evangelio atestiguando claramente al Padre justo y bueno: "Padre justo, el mundo no te ha conocido" (Juan XVII, 11). Y en otro lugar: "Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marcos X, 18). Pero también en la antigua ley, en otros lugares, Dios es llamado justo y bueno. En los Salmos, "Justo es el Señor," dice, "y ama la justicia" (Salmo X, 8). Y al contrario, en Jeremías, "Bueno es el Señor para los que en él esperan." Nuevamente en los Salmos, "Cuán bueno es Dios para Israel, para los de corazón recto" (Salmo LXXII, 1). Y estas cosas han sido dichas brevemente contra los herejes. Pero es tiempo de que sigamos el orden propuesto del Profeta, que se desarrolla así: "Y dijo," sin duda el Señor, "¿No es mi pueblo hijos, y no se rebelarán?" (Isaías I, 5). No eran, dice, como aquellos que fueron engendrados y exaltados, y despreciaron a quien los engendró. Y se convirtió para ellos en salvación, es decir, para aquellos de quienes el Señor dijo: "¿No es mi pueblo hijos, y no se rebelarán?" Pues precisamente porque no se rebelaron, ni despreciaron al padre, él se convirtió para ellos en salvación: o por el mismo hecho de que fueron llamados hijos, se convirtió en causa de salvación para ellos. Esta salvación, otorgada por Cristo el Señor, también es confirmada por la voz del ángel a los pastores, diciendo: "He aquí, os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo; porque os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David" (Lucas II, 10). Él se convirtió en ocasión de salvación eterna para todos los que creen en él, y él es el Salvador del mundo, que vino a buscar lo que se había perdido. Y él es de quien el coro de los santos canta: "Nuestro Dios, Dios de salvación" (Salmo LXVII).

46. Porque era Dios quien ofrecía la salvación eterna, se dijo: "No un enviado, ni un ángel," es decir, no un Profeta, no un Patriarca, no el legislador Moisés los salvó. Todos los que he nombrado podían fungir como enviados ante el Señor por el pueblo. De hecho, Moisés,

intercediendo por el pueblo pecador, dijo: "Si perdonas su pecado, perdónalos" (Éxodo XXXII, 31). Pero rogó por el perdón ayunando cuarenta días, y provocando la misericordia de Dios con la aflicción de su alma. Sin embargo, ninguno de estos enviados puede ser salvador, necesitando él mismo de aquel que es el verdadero dador de salvación. Pues incluso los ángeles, aunque son espíritus y son enviados para diversos ministerios por aquellos que recibirán la salvación, no son autores de la salvación, sino que interpretan y anuncian a aquel que es la fuente de la salvación. Por eso se dijo: "No un enviado, ni un ángel, sino el mismo Señor los salvó." No por otra cosa, sino porque los amó y tuvo compasión de ellos. Se dice que tiene compasión, como de sus criaturas, según lo que se escribe en otro lugar: "Tendrás compasión de todos, Señor amante de las almas, porque son tuyas, pues no odias a los que has hecho" (Sabiduría XI, 29). Por eso, por su salvación, el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte, para que por la muerte de su Hijo, destruyendo a aquel que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo, redimiera a todos los que estaban retenidos por el vínculo de la cautividad. Por eso se añade: "Él los redimió, los acogió y los exaltó." Pues acoge y exalta a los salvados, y a los redimidos los eleva en alto con las alas de las virtudes, y con la instrucción y el conocimiento de la verdad, no solo por un día o dos, sino en todos los días de la eternidad, habitando en ellos y con ellos, y dándoles vida hasta la consumación del siglo, siendo el autor de la salvación. En todos los días del siglo iluminando sus corazones, no permite que anden en las tinieblas de la ignorancia y el error. Y creo que esto es lo que está escrito, "en todos los días" ser exaltados.

47. Pero como eran cambiantes y propensos a caer en vicios por su propia voluntad, después de tantos beneficios fueron incrédulos a Dios, y abandonaron sus preceptos, y provocaron al Espíritu Santo de Dios, quien les había otorgado muchos bienes, cayeron en un pecado similar al de aquellos que, después de haber sido engendrados y exaltados, despreciaron a su padre. O ciertamente ahora se describen a sí mismos, quienes ya fueron descritos antes, pues también allí después del pecado se les dice: "Abandonasteis al Señor, y provocasteis a ira al Santo de Israel," y ahora, que "ellos no creyeron, y provocaron al Espíritu Santo de él." Por lo tanto, desde este lugar presente se muestra la asociación del Espíritu con el Señor. Quien abandona al Señor, y es incrédulo, y provoca a ira al Santo de Israel, y provoca al Espíritu Santo de él. La misma indignación sobre los pecadores se refiere tanto al Espíritu Santo como al Santo de Israel. Por eso, en lo que sigue, se muestra una unión similar de la Trinidad, diciendo la Escritura que el Señor se volvió contra ellos como enemigo, a aquellos que provocaron al Espíritu Santo de él, y los entregó a un tormento eterno, después de que no con palabras, sino con hechos blasfemaron contra su Espíritu Santo. Él mismo, pues, que se volvió contra ellos como enemigo, los derrotó y los sometió a múltiples y largos tormentos, para que ni en el tiempo presente, ni en el futuro obtengan el perdón de los pecados. Pues provocaron al Espíritu Santo de él, y blasfemaron contra él.

48. Si deseas entender esto sobre los judíos, que crucificaron al Señor Salvador, y por eso provocaron al Espíritu Santo, lo que está escrito, "Él los derrotó," debe referirse a la comprensión de que fueron entregados a los romanos, cuando vino sobre ellos la ira de Dios hasta el fin. Pues en todo el mundo y en todas las regiones, solo ellos, exiliados de su patria, vagan en tierra ajena, no poseyendo la antigua ciudad, ni sus propias moradas, lo que hicieron a los Profetas y a su Salvador, lo recibieron. Porque siendo sanguinarios, y siempre capturados por una furia insana, no solo mataron a los Profetas, y apedrearon a los que fueron enviados a ellos, sino que, habiendo llegado al colmo de la impiedad, traicionaron y crucificaron al Señor Salvador, quien se había dignado descender a la tierra por la salvación de todos, por eso fueron expulsados de la ciudad que mancharon con la sangre de los Profetas y de Cristo. Según este sentido, debemos entender que fueron derrotados por el Señor, no por

un breve tiempo, sino por todo el siglo futuro hasta la consumación del mundo. Pues (como hemos dicho) fugitivos y cautivos, vagan por todas las naciones, no poseyendo ciudad ni región propia. Sin embargo, porque naturalmente es benigno y misericordioso aquel que los había derrotado, les concede un lugar de arrepentimiento, si quieren convertirse a cosas mejores. Por eso se dice, "Recordó los días del siglo." Pues recordando los tiempos futuros, les abrió la puerta cerrada en alguna parte, para que después de que haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel (que sea digno de ser llamado así) sea salvado. Aunque se atrevieron a tal temeridad, que mataron a aquel que había sido enviado por ellos, diciendo: "Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mateo XXVII, 25), sin embargo, Dios lo resucitó de la tierra, en cuyo corazón había permanecido tres días y tres noches: el pastor de sus ovejas. Pues así se desarrolla, "Él sacó de la tierra al pastor de sus ovejas" (Isaías LXIII, 12).

49. Que el pastor de las ovejas, que ahora se describe en el discurso profético, es el Señor, lo aprendemos más claramente en el Evangelio, con el mismo Salvador testificando: "Yo soy el buen pastor, y pongo mi vida por mis ovejas" (Juan X, 11). Y nuevamente, "Mis ovejas oyen mi voz." Después de todo esto, el Profeta dice, "¿Dónde está el que puso sobre ellos su Espíritu Santo?" (Isaías LXIII, 11). Pues se admira de cuánta felicidad han llegado a cuántas miserias. Y de alguna manera dice: Aquel que los redimió, que puso en ellos su Espíritu Santo, habitando con ellos, ¿dónde está ahora? ¿A dónde ha ido? Los abandonó, porque ellos primero lo abandonaron, y provocaron a ira al Santo de Israel. Pero había puesto en ellos su Espíritu Santo cuando aún eran buenos, y se esforzaban por obedecer sus preceptos. Pues solo a estos se les infunde el Espíritu Santo, quienes, dejando los vicios, siguen el coro de las virtudes, y según ellas, y por ellas, viven en la fe de Cristo. Pero si poco a poco, por la negligencia que se infiltra, comienzan a confluir hacia lo peor, provocan contra sí mismos al Espíritu Santo que habita en ellos, y convierten a aquel que se los dio en enemigo. Algo similar a esto también el Apóstol escribiendo a los Tesalonicenses, dice: "Porque no nos llamó Dios a inmundicia, sino a santificación" (I Tes. IV, 7).

50. Por lo tanto, quien desprecia, o lo que se tiene mejor en griego, quien prevarica, no prevaricará contra un hombre, sino contra Dios, quien dio su Espíritu Santo en vosotros. Pues en estos discursos Dios llamando por la fe a la santificación, es decir, para que los creyentes se conviertan en santos del Espíritu, les dio su Espíritu Santo. Y mientras guardaron los preceptos de Dios, permaneció en ellos el Espíritu Santo, que recibieron. Pero cuando cayeron por amor desordenado, y se deslizaron hacia la inmundicia, despreciaron, o prevaricaron contra el Señor, quien les había dado su Espíritu Santo, para que no sirvieran a la inmundicia, sino para que fueran santificados. Por eso sufrirán castigos quienes cometieron estas cosas, no como despreciando a un hombre, sino como despreciando a Dios. Y para que sepamos que el Señor es el Espíritu Santo, que se da a los creyentes, aprendamos del mismo Profeta Isaías, quien introduce a alguien diciendo al Señor: "Mi Espíritu está en ti, y mis palabras he puesto en tu boca" (Isaías LIX, 21). Pues se muestra en el discurso presente, que quien haya recibido el Espíritu de Dios, posee junto con él las palabras de Dios, es decir, los discursos de ciencia y sabiduría. Y también en otro lugar del mismo Profeta, Dios dice: "He puesto mi Espíritu sobre él" (Isaías XLII, 1). Por lo tanto, quien puso en ellos el Espíritu Santo, recuerda que Moisés fue santificado por su diestra: ya sea aquel ilustre hombre, y el iniciador de los misterios de Dios, de quien el Señor dijo a Josué hijo de Nun: "Moisés mi siervo," o su Ley, que está escrita en el antiguo Instrumento. Pues recuerdo haber leído frecuentemente que Moisés fue llamado por la Ley, como en el Apóstol: "Hasta el día de hoy, cuando se lee Moisés" (II Cor. III, 14). Y Abraham al rico en tormentos, "Tienen a Moisés y

a los Profetas" (Lucas XVI, 29). Y ciertamente se comprueba claramente allí que Moisés no se refiere al hombre mencionado, sino a la Ley.

51. Pero, ¿cuál es la diestra de Dios, que llevó a Moisés, sino nuestro Señor y Salvador? Pues él es la diestra del Padre, por quien salva y exalta y hace virtud, como se dice en otro lugar de Dios: "Se salvó a sí mismo con su diestra, y su brazo santo" (Salmo XCVII, 1). Y nuevamente: "La diestra del Señor hizo virtud, la diestra del Señor me exaltó: no moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor" (Salmo CXVII, 16). Y ciertamente se comprueba claramente que esta voz se pronuncia desde la persona del Hombre del Señor, que el unigénito Hijo de Dios se dignó asumir de la virgen, desde el mismo lugar, porque él es la diestra de Dios, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, que fue hecho del linaje de David según la carne, nacido de la virgen, con el Espíritu Santo viniendo sobre ella, y la virtud del Altísimo cubriéndola. De quien David profetizó en el Espíritu, que resucitando de los muertos, fue asumido a los cielos, elevado por la diestra de Dios. Allí se escribe en este modo: "Previó el mismo David y habló de la resurrección de Cristo, que no fue dejado en el infierno, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de quien todos nosotros somos testigos. Elevado, pues, por la diestra de Dios, y recibiendo la promesa del Espíritu Santo del Padre, derramó este don en nosotros, que vosotros veis y oís, pues David no subió a los cielos" (Hechos II, 31 ss.). No hay duda para nadie, que el Señor Jesús, resucitando de los muertos, fue exaltado por la diestra de Dios, como él mismo testificó en el discurso de la Escritura. Este, pues, que resucitó de los muertos dice: "Yo dormí y tomé sueño, y resucité, porque el Señor me levantó" (Salmo III, 6).

52. Él mismo, pues, asumido al cielo por el discurso de Dios, se proclama elevado por aquella de la que hablamos antes, la diestra de Dios, y haber recibido las promesas del Espíritu Santo del Padre, y haberlo derramado en los creyentes, de modo que todos hablaran en lenguas las maravillas de Dios. Pues también el Hombre del Señor recibió la comunicación del Espíritu Santo, como se escribe en los Evangelios: "Jesús, pues, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán" (Lucas I, 67). Y en otro lugar: "Jesús regresó en el poder del Espíritu a Galilea" (Lucas VIII, 55). Estas cosas, sin ninguna calumnia, debemos entenderlas con sentido de piedad sobre el Hombre del Señor, que todo Cristo, es un solo Jesús Hijo de Dios, no que sea uno y otro, sino que de uno y el mismo, como de otro según la naturaleza de Dios y del hombre se discute, y porque Dios Verbo unigénito hijo de Dios, no recibe ni cambio ni aumento. Pues él es la plenitud de todos los bienes.

53. Hemos discutido suficientemente sobre el testimonio del Profeta, y ahora avancemos a lo siguiente: así como sabemos que el Padre y el Hijo perfeccionan a los santos y buenos mediante su comunicación, así también el Espíritu Santo, mediante la participación de sí mismo, hace buenos y santos a los creyentes, y de esto también se enseña que es de una sola sustancia con el Padre y el Hijo. Se dice en los Salmos al Señor: "Tu buen Espíritu me guiará a tierra recta". Sabemos que en algunos manuscritos está escrito: "Tu Espíritu Santo" (Nehem. 9). Además, en Esdras, sin ambigüedad, se llama buen Espíritu: "Diste tu buen Espíritu para hacerles entender" (Ephes. III, 4). Que el Padre santifica, lo escribe el Apóstol, diciendo: "El Dios de paz os santifique completamente". Y el Salvador dice: "Padre santo, santificalos en la verdad, porque tu palabra es verdad" (Juan XVII, 11). Diciendo claramente: en mí (que soy tu palabra y tu verdad) santificalos en la fe y en la comunión conmigo. También se ha dicho en otro lugar que Dios es bueno: "Nadie es bueno, sino solo Dios" (Luc. XVIII, 19). También hemos mostrado anteriormente que el Hijo santifica, coincidiendo Pablo en las mismas palabras: "Porque el que santifica y los que son santificados, todos son de uno". Refiriéndose a Cristo como el que santifica, y a los santificados como aquellos que

pueden decir: "Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación" (I Cor. I, 30). También se llama Espíritu de santificación. Por eso se le dice: "Y todos los santificados están bajo tus manos, y bajo ti están". Nuestro Señor Jesucristo es bueno, y fue engendrado del buen Padre, y de él leemos: "Alabad al Señor, porque él es bueno" (Sal. CXVII, 1). Alábenle aquellos que de él imploran el perdón de los pecados, o le dan gracias por su clemencia por los beneficios concedidos. El Espíritu Santo también santifica a aquellos a quienes se digna llenar, como ya se ha demostrado anteriormente, cuando mostramos que es participable y puede ser recibido por muchos a la vez. Y ahora, en el presente testimonio de Pablo, se muestra como el dador de santificación, en lo que dice: "Debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os eligió como primicias para la salvación, en la santificación del Espíritu Santo y en la fe de la verdad" (I Thess. II, 13). Pues también en este lugar se entienden los carismas de Dios en el Espíritu, cuando en la santificación del Espíritu, se poseen igualmente la fe y la verdad.

54. Porque, por tanto, correctamente, y piadosamente, y como la verdad se tiene, hemos dicho estas cosas, el término de santificación y bondad se refiere igualmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, así como también la misma denominación de Espíritu. Pues también el Padre es llamado Espíritu, como allí: "Dios es Espíritu" (Juan IV, 24). Y el Hijo es Espíritu: "El Señor", dice, "es Espíritu" (II Cor. III, 17). Sin embargo, el Espíritu Santo siempre se considera bajo la denominación de Espíritu Santo, no porque se coloque junto al Padre y al Hijo solo por la comunión del nombre Espíritu, sino porque posee una naturaleza, un nombre. Porque el término Espíritu significa muchas cosas, es necesario enumerar brevemente a qué cosas se adapta su nombre. Se llama Espíritu también al viento, como en Ezequiel: "Y dispersarás la tercera parte al viento" (Ezequiel V, 2). Si deseas entenderlo según la historia, lo que está escrito, "Con viento violento destrozará las naves de Tarsis" (Sal. XLVII, 8), allí no se entiende otra cosa por espíritu que viento. También Salomón, entre muchos dones, recibió de Dios este, que conociera las violencias de los espíritus; no demostrando haber recibido otra cosa en esto que conocer los rápidos soplos de los vientos, y por qué causas subsiste su naturaleza. También se llama espíritu al alma, como en la Epístola de Santiago: "Así como el cuerpo sin espíritu está muerto" (Santiago II, 26). Pues manifiestamente aquí el espíritu no se llama otra cosa que el alma. Según esta inteligencia, también Esteban, llamando a su alma espíritu, dice: "Señor Jesús, recibe mi espíritu" (Hechos VII, 58). También lo que se dice en Eclesiastés: "¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube arriba, y el espíritu del animal desciende abajo?" (Eclesiastés III, 2). Debe considerarse si también las almas de los animales se llaman espíritus. Se dice también, excepto el alma y nuestro espíritu, que hay otro Espíritu en el hombre, del cual Pablo escribe: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?" (I Cor. II, 11). Si alguien quisiera argumentar que aquí se significa el alma en el espíritu, ¿quién será el hombre cuyas pensamientos, secretos y ocultos del corazón no conozca el hombre, sino su espíritu, porque querer entender esto del cuerpo solitario es necesidad.

55. Pero si intenta introducirse con astucia engañosa, afirmando que estas cosas están escritas sobre el Espíritu Santo; si considera diligentemente las mismas palabras, cesará de afirmar la mentira. Pues está escrito así: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios nadie las sabe, sino el Espíritu de Dios" (I Cor. II, 10). Pues así como uno es el hombre, otro es Dios, así también el espíritu del hombre, que está en él, se separa del Espíritu de Dios, que está en él: al cual hemos mostrado frecuentemente como el Espíritu Santo. Pero también en otro lugar el mismo Apóstol, separando nuestro espíritu del Espíritu de Dios, dice: "El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu" (Rom. VIII, 16): significando esto, que el Espíritu de Dios, es

decir, el Espíritu Santo, da testimonio a nuestro espíritu: al que ahora hemos dicho que es el espíritu del hombre. También a los Tesalonicenses: "Que vuestro espíritu, alma y cuerpo sean conservados íntegros" (I Thess. V, 19). Pues así como el alma es una cosa, y el cuerpo otra: así también el espíritu es otra cosa distinta del alma, que se llama especialmente en su lugar. Sobre lo cual también oró, para que se conserve íntegro con el alma y el cuerpo, porque es increíble y blasfemo orar al Apóstol para que el Espíritu Santo se conserve íntegro, quien no puede recibir disminución ni progreso. Por lo tanto, como dijimos, el discurso del Apóstol se refiere al espíritu humano.

56. También se llaman virtudes superiores y racionales, que la Escritura suele llamar Ángeles y Potestades, con el término Espíritu, como allí: "Haces a tus ángeles espíritus" (Sal. CIII, 4). Y en otro lugar, "¿No son todos espíritus administradores?" (Hebr. I, 14). Creo que a este sentido se refiere también lo que se escribe en los Hechos de los Apóstoles: "El Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no lo vio más" (Hechos VIII, 39); es decir, el Ángel del Señor elevando a Felipe en lo alto, lo trasladó a otro lugar. También otras criaturas racionales, que fluyen voluntariamente de lo bueno a lo malo, se llaman espíritus malignos y espíritus inmundos: como allí: "Cuando el espíritu inmundo sale del hombre". Y en lo siguiente: "Toma consigo otros siete espíritus peores que él" (Mat. XII, 43). También en los Evangelios se llaman espíritus a los demonios. Pero también se debe notar que nunca se significa simplemente espíritu, sino con algún añadido, para significar el espíritu contrario, como espíritu inmundo y espíritu de demonio; pero aquellos que son espíritus santos, se llaman simplemente espíritus sin ningún añadido.

57. También se debe saber que el nombre espíritu significa la voluntad del hombre y el juicio del alma. Pues queriendo el Apóstol que la virgen sea santa no solo en obra, sino también en mente, es decir, no solo en el cuerpo, sino también en el movimiento interno del corazón, dice: "Para que sea santa en cuerpo y espíritu" (I Cor. VII, 34): significando la voluntad con el espíritu, y las obras con el cuerpo. Considera si esto mismo significa en Isaías, donde está escrito: "Y los que erran de espíritu entenderán" (Isaías XXIX, 24). Pues quienes por error de juicio consideran unas cosas por otras buenas, recibirán entendimiento para corregir su error, para que elijan lo recto en lugar de lo torcido. También aquello, "Una fortaleza de vuestro espíritu", ve si muestra lo mismo. Y sobre todo, el término espíritu significa en las Escrituras santas un entendimiento más alto y místico, como allí: "La letra mata, pero el espíritu vivifica" (II Cor. III, 6); llamando letra a la narración simple y manifiesta según la historia; pero espíritu, conocer lo que se lee de manera santa y espiritual. A esta voluntad se ajusta también aquello: "Nosotros somos la circuncisión, que servimos al Señor en espíritu, y no confiamos en la carne" (Filip. III, 3). Pues quienes no cortan la carne con la letra, sino que circuncidan el corazón con el espíritu, quitando todo su exceso, que es próximo y amigo de la generación, estos son verdaderamente circuncidados en espíritu, judíos en lo oculto, y verdaderos israelitas, en quienes no hay engaño. Quienes trascienden las sombras e imágenes del Antiguo Testamento, adoran al Padre en espíritu y en verdad: en espíritu, porque han trascendido lo corporal y humilde; en verdad, porque dejando los tipos, sombras y ejemplares, han llegado a la sustancia de la misma verdad: y, como ya dijimos, despreciando la simplicidad humilde y corporal de las palabras, han alcanzado el conocimiento espiritual de la ley.

58. Hasta aquí hemos tocado, según la capacidad de nuestro ingenio, cuántas cosas significa el espíritu, y en su momento, si Cristo lo concede, disertaremos sobre qué significa cada una. Sin embargo, a veces el Espíritu se llama también nuestro Señor Jesucristo, es decir, el Hijo de Dios. Pues benigno es el Espíritu de sabiduría. Y en otro lugar: "El Señor es Espíritu", como dijimos antes, donde también añadimos aquello, "Dios es Espíritu" (Juan IV, 24), no

solo según la comunión del nombre, sino según la comunión de la naturaleza y sustancia. Pues así como aquellos cuya sustancia es diversa, a veces sucede que se les llama con un nombre común, y estos se llaman homónimos; así, aquellos cuya naturaleza y sustancia son las mismas, junto con la sociedad del nombre, también se les une la igualdad de naturaleza, y es disciplina de los Dialécticos llamar a estos sinónimos. Por eso, el término Espíritu, y si algo más se suele usar en la Trinidad, es sinónimo: por ejemplo, santo, bueno, y otras cosas similares a estas, de las que hemos mencionado un poco antes.

59. Por lo tanto, nos hemos visto obligados a esto, porque frecuentemente la denominación de Espíritu está esparcida en las Escrituras divinas, para que no nos equivoquemos en el nombre, sino que tomemos cada cosa según las variedades de los lugares y entendimientos. Por lo tanto, contemplando con todo estudio y diligencia el término Espíritu, dónde y cómo se ha llamado, rompamos los sofismas de ellos y las trampas fraudulentas, que afirman que el Espíritu Santo es una criatura. Pues leyendo en el Profeta, "Yo soy el que afirma el trueno, y crea el Espíritu" (Amós, IV, 12), por ignorancia del múltiple discurso en esta parte, pensaron que el Espíritu Santo se demuestra por este término, cuando en el presente el nombre Espíritu significa viento. También en Zacarías, al escuchar al Señor hablar, que él es quien crea el espíritu del hombre en él, pensaron que también en este capítulo se significa el Espíritu Santo, no advirtiendo que el alma del hombre, o el espíritu (que ya dijimos que es el tercero en el hombre) se significa con la denominación de espíritu. Por lo tanto, como hemos dicho antes, consideremos cómo se ha dicho cada cosa, no sea que por ignorancia caigamos en el abismo del error. Pues en otras cosas, por la comunión de los vocablos, el error que ocurre trae confusión y vergüenza al que se equivocó: pero en las cosas superiores y divinas, el desliz hacia lo incorrecto lleva al castigo eterno y al tártaro, especialmente cuando, una vez engañado, no quiere arrepentirse, sino defender impudicamente su error. También era apropiado, y la magnitud del volumen lo exigía, que el discurso llegara a su fin.

60. Sin embargo, porque se introduce una cuestión contra lo que hemos discutido anteriormente: que por eso la omitimos entonces, para que no interrumpiera el texto del discurso, y no se interpusiera una impía contienda en medio de una piadosa predicación, considero necesario responder al propósito, y dejar al juicio del lector lo que piense sobre esto. Por lo tanto, discutiendo arriba, que el alma o la mente del hombre ninguna criatura puede llenar según la sustancia, sino solo la Trinidad, porque solo según la operación, y el error de la voluntad, o la virtud, el alma se llena de las cosas que son creadas: surgió nuestra cuestión, como si resolviera la sentencia, que la sustancia creada, que en las Escrituras se llama Satanás, entra en algunos, y se dice que llena el corazón de algunos. Pues a aquel que, reteniendo parte del precio del campo vendido, profesando otra cosa, se le dijo por el Apóstol Pedro: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón?" (Hechos V, 3). Y sobre Judas, el mismo Salvador habla, que Satanás entró en él. A lo cual se debe responder después. Mientras tanto, discutamos ahora contra lo que está escrito, "¿Por qué llenó Satanás tu corazón?", cómo Satanás llena la mente de alguien y el principal del corazón, no entrando en él y en su sentido, y, por así decirlo, entrando en la entrada del corazón: pues este poder es solo de la Trinidad: sino como un engañador astuto y malvado, y un fraudulento engañador, atrae el alma humana a los afectos de la malicia, a través de pensamientos e incentivos de vicios, de los cuales él mismo está lleno. Por lo tanto, también el mismo mago Elimas, hijo del diablo, subsistiendo según la malicia y la iniquidad, se escribe lleno de todo engaño y malicia, Satanás su Padre, esta voluntad le viene como de la costumbre de los vicios convirtiéndose en naturaleza. Por lo tanto, el Apóstol Pablo, corrigiéndolo y reprendiendo, dice: "Oh lleno de toda iniquidad y de todo engaño, hijo del diablo, enemigo de la justicia de Dios" (Hechos XIII, 10). Pues porque era versátil y astuto, había recibido en sí todo el engaño de la fraude, se le llama hijo del

diablo, porque llenaba todo el principal de aquel con fraude e iniquidad, y toda malicia: tanto que lo seducía y engañaba, que se pensaba que Satanás mismo había llenado su alma y habitaba en él, a quien había preparado como ministro y siervo para todos los engaños de su perversidad.

61. A lo que habíamos puesto como segundo ejemplo, que Satanás había entrado en Judas, esto se debe decir. Observando el diablo con ciertos movimientos y signos de operaciones, a qué vicios principalmente estaba más inclinado el corazón de Judas, descubrió que estaba abierto a las insidias de la avaricia, y encontrando la puerta de la codicia, puso en su mente cómo recibir el dinero deseado, y por ocasión de lucro, convertirse en traidor de su maestro y Salvador, cambiando el dinero por piedad, y recibiendo el precio del crimen de los fariseos y judíos. Por lo tanto, esta ocasión de pensamiento dio lugar a Satanás, para que entrando en su corazón, lo llenara de mala voluntad. Entró, por lo tanto, no según la sustancia, sino según la operación; porque entrar en alguien es de la naturaleza increada que se participa por muchos. Por lo tanto, el diablo es imparticipable, no creador, sino subsistente como criatura. Por lo tanto, es convertible y mutable, cayó de la santidad y la virtud. Dijimos antes que lo que se capta por participación es incorruptible e inmutable, y consecuentemente eterno. Pero lo que puede cambiar, es hecho y tiene principio. Por lo tanto, lo que es incorruptible, es eterno tanto hacia atrás como hacia adelante. Por lo tanto, no (como algunos piensan) por participación de naturaleza o sustancia el diablo llena a alguien, o se convierte en su habitante, sino que se cree que habita en él por fraude, engaño y malicia, a quien ha llenado. Con este engaño también entró en los ancianos que se volvieron hacia la crueldad contra Susana, llenando sus almas con el incendio de la lujuria y el placer tardío de la vejez. Pues está escrito: "Y vinieron también dos ancianos, llenos de pensamiento iniquo" (Dan., XIII, 28). Con estas insidias llenó también a todo el pueblo de los judíos, diciendo el Profeta de él: "¡Ay, gente pecadora, pueblo lleno de pecados, semilla malvada, hijos inicuos!" (Isaías I, 4). Pues la semilla malvada es el diablo, y sus hijos, por la iniquidad y plenitud, se llaman pecadores. Pero si de aquellos que en las Escrituras se llaman sus hijos, no se capta según la participación de la sustancia, pues esto se ha mostrado frecuentemente imposible en las criaturas, tampoco otro puede captarlo por participación de sustancia, sino solo por la asunción de la voluntad más fraudulenta. Pues dijimos que la operación y los estudios no solo de las buenas obras, sino también de las malas, están en las criaturas; pero la naturaleza y la sustancia solo pueden entrar en otros por la Trinidad.

62. Abundantemente (como creo) se ha respondido a la cuestión propuesta. Pero porque parece inepto y tonto responder a lo absurdo, y si algo cae en la boca de los impíos, querer disolverlo; pues no es tanta impiedad proponer cosas malvadas, como también querer tratar con resistencia sobre cosas malvadas: por eso paso por alto lo que suelen jactarse, proclamando con audacia sacrílega contra nosotros: Si el Espíritu Santo no es creado, o es hermano de Dios Padre, o es tío del unigénito Jesucristo, o es hijo de Cristo, o es nieto de Dios Padre, o él mismo es hijo de Dios, y ya no será unigénito el Señor Jesucristo, cuando tenga otro hermano. Miserables y lamentables, no percibiendo que de las cosas incorpóreas e invisibles no se permite discutir según la naturaleza de las corporales y visibles. Ser hermano o tío, nieto o hijo, son nombres de cuerpos y vocablos de la debilidad humana. Pero la Trinidad trasciende todas estas denominaciones. Y siempre que cae en alguna de estas: con nuestros nombres y vocablos incongruentes no habla de su naturaleza. Por lo tanto, cuando la santa Escritura no dice más sobre la Trinidad, sino que Dios es el Padre del Salvador, y el Hijo es engendrado por el Padre, esto solo debemos sentir lo que está escrito. Y habiendo mostrado que el Espíritu Santo es increado, consecuentemente entender que aquel cuya sustancia no es creada, correctamente se asocia al Padre y al Hijo.

63. Estas palabras, expresadas según la pobreza de nuestro discurso, sean suficientes por ahora: indicando mi temor por haberme atrevido a hablar del Espíritu Santo. Porque cualquiera que blasfeme contra él: no solo en este siglo, sino también en el futuro, no le será perdonado, ni se le reservará misericordia ni perdón alguno a quien haya pisoteado al Hijo de Dios y haya hecho injuria [o afrenta] al Espíritu de su gracia, en el cual ha sido santificado. Esto también debe entenderse respecto a Dios Padre. Pues quien blasfeme contra él y actúe impiamente, será atormentado sin perdón, sin que nadie interceda por él ante el Señor, como está escrito: Pero quien peque contra el Señor Dios, ¿quién orará por él? Asimismo, quien niegue al Hijo ante los hombres, será negado por él ante el Padre y sus ángeles. Por lo tanto, ya que no se concede perdón alguno a los que blasfeman contra la Trinidad, se debe proveer con todo cuidado y diligencia, para que ni siquiera en un breve y pequeño discurso al discutir sobre ella, caigamos en error. Más bien, si alguien desea leer este volumen, rogamos que se purifique de toda mala obra y pensamientos perversos: para que con un corazón iluminado pueda entender lo que se dice, y lleno de santidad y sabiduría, nos perdone si en algún lugar el resultado no ha cumplido nuestra intención, y considere únicamente con qué mente se ha dicho algo, no con qué palabras se ha expresado. Pues así como reivindicamos audazmente para nosotros el sentido de la piedad según nuestra conciencia, así también, en lo que respecta a hablar de ello, confesamos simplemente que la belleza retórica y la elocuencia, según la coherencia y el texto del discurso, están lejos de nosotros. En efecto, nuestro esfuerzo ha sido entender piadosamente lo que está escrito en las Sagradas Escrituras, y no ignorar la impericia y la medida de nuestro discurso.